

Historie del Socialismo
Droz Jacques
Ed Edime. 1992 Barcelona

LOS ORIGENES DEL SOCIALISMO

Cuando los primeros decenios del siglo XIX vieron florecer en los países más industrializados de Europa numerosas doctrinas que ponían en tela de juicio «la explotación del hombre por el hombre» y preconizaban la organización de una economía de carácter socialista, sus autores estaban a menudo muy lejos de establecer un lazo entre las reformas que ellos propugnaban y la idea democrática. El socialismo premarxista estaba vinculado a corrientes de pensamiento extremadamente diversas, iluminismo, romanticismo, tradicionalismo, incluso utilitarismo, con frecuencia hostiles a las consecuencias político-sociales de la Revolución francesa, y en todo caso destinadas a combatir el desorden que se había introducido en los pensamientos tras esta Revolución. No eran democratas como los saintsimonianos, que contaban esencialmente con los sabios y los industriales —por tanto, con los técnicos— para organizar una economía que se sometiera a una planificación impuesta desde arriba y que definiera una jerarquía en la que cada cual estuviese clasificado según su capacidad y retribuido según su trabajo. Tampoco hay traza de espíritu democrático en el socialismo de inspiración moral de un Owen o de un Fourier, según los cuales la sociedad podía ser reformada a partir de una comunidad ejemplar, y la reforma social ser enteramente independiente de la acción política y de la toma del poder.

Incluso entre los que invocaban la herencia revolucionaria, léase babuvista como Blanqui, muchos no tenían confianza en el pueblo. El establecimiento de la ciudad nueva era a sus ojos el hecho de una élite revolucionaria, dispuesta a sacrificarse enteramente por una causa sagrada y que contaba con la sola insurrección para lograr sus fines. Esta fe en la pujanza creadora de la revuelta y de la insurrección logrará Blanqui extenderla a una considerable fracción del proletariado parisino en la época de la Comuna, quedando

como uno de los componentes del movimiento obrero, en la medida en que precisamente se propuso escapar del juego democrático de las instituciones parlamentarias.

Asimismo, para Proudhon, la solución del problema social no es de orden político: «La política de hoy es la economía política», dice en 1861. «La democracia es una palabra ficticia que significa amor del pueblo, amor de sus hijos, pero no gobierno del pueblo.» Por otra parte, estima que el pueblo francés no está preparado moralmente para la democracia; únicamente cuenta con la acción sindical, no con el sufragio universal, para mejorar la suerte de las clases laborales. Al soñar con una sociedad anarquista, en la que las diferentes agrupaciones establezcan espontáneamente relaciones por medio de la asociación mutualista, opone al Estado, fuente de coacción y de opresión, la sociedad económica, única capaz de producir el equilibrio de las fuerzas colectivas y de dirigir las.

No faltan, sin embargo, hombres que, entre 1830 y 1848, pensaron que era necesario para los socialistas el tratar de actuar en el Estado; para ello era menester utilizar los medios de presión que un régimen democrático ponía a disposición de los ciudadanos. Desde los años treinta, los caristas británicos habían mostrado que la conquista de los derechos políticos, en particular del sufragio universal, era el único medio de asegurar un nuevo reparto de las riquezas, que la conquista del Parlamento debía conducir la clase obrera a dirigir la producción: tal era al menos la opinión de un hombre como Lovett; también la de Bronterre O'Brien en *El defensor del pobre*. En Francia, es en la obra de Louis Blanc donde se encuentra la definición más satisfactoria del socialismo democrático: para que pudieran crearse Talleres nacionales, destinados a sustituir la explotación capitalista, era necesario que el Estado, que debía asegurar su funcionamiento, fuese previamente transformado por la práctica del sufragio universal y representara la totalidad de la nación. Así, al escribir *L'Organisation du travail* (1839), Louis Blanc estima que la transformación del régimen social debía partir de abajo y no de arriba: en la base del Estado socialista se hallará la voluntad democrática de la nación; se trata de una asamblea elegida para un breve plazo y bajo cuya dependencia se situará el poder ejecutivo, el cual asumirá el ejercicio de la autoridad. Para Cabet, la igualdad y la fraternidad conducen de una manera natural a un régimen «comunista» que «es la realización más cabal y la única perfecta». Uno de los rasgos más notables de los hombres del 48 fue la creencia en el advenimiento de un régimen que

conciliaría democracia y socialismo. Esta conciliación exigía en su espíritu la transformación del Estado por el sufragio universal y la práctica de las instituciones parlamentarias, la intervención de los poderes públicos en la economía y la legislación social, la constitución de asociaciones de trabajadores susceptibles de tomar en sus manos la explotación de las empresas.

Ante el problema de la democratización del Estado, ¿qué actitud toma Marx? Marx nunca admitió que el Estado, en las circunstancias económicas actuales, pudiese transformarse en una institución democrática: situado bajo el control de la burguesía, sólo podía ser un Estado de clase y responder por la represión a las actividades subversivas; únicamente una evolución de las condiciones económicas y sociales podía acarrear a su vez una toma de poder violenta por el proletariado. No hay duda, sin embargo, de que Marx no tardó en reconocer, en especial durante la revolución de 1848, la ventaja que este proletariado podía sacar del establecimiento de una democracia burguesa, que aportaría los medios políticos y jurídicos que le permitirían constituirse en clase. Cualquiera que fuesen las condiciones, el proletariado, según Marx, no tenía nada que perder en la lucha. Debía ser conducido por un partido político sometido a una disciplina científica irreprochable en el que no se toleraría ninguna desviación doctrinal, pero que en el combate cotidiano vendría obligado a someterse a compromisos, a retrocesos, a alianzas tácticas: un partido que no retrocederá, pues, ni ante la acción electoral ni ante la acción parlamentaria, y que apoyará, como dice Engels en *La crítica del programa de Erfurt*, «todas las reivindicaciones enaminadas a mejorar la situación de la clase obrera». Desde luego, en el pensamiento de Marx y Engels, que menosprecian los *Realpolitiker*, esta lucha política no debe conducir al oportunismo; no constituye un fin en sí y sólo tiene sentido en la perspectiva de una revolución universal. Esto no quita para que al dar una significación a la noción de partido político obrero y definiéndole un campo de acción en el Estado burgués, el marxismo ha abierto la vía al socialismo democrático que, por otra parte, no tardará en serle infiel y rebasará los límites fijados por él a la actividad parlamentaria.

Es en el marco de la Primera Internacional donde se entabla el conflicto, de un lado los marxistas, por el otro los proudhonianos y bakunistas, sobre la organización política de la clase obrera.

PRIMERA PARTE

1864 - 1918

11

CAPÍTULO PRIMERO

LA PRIMERA INTERNACIONAL

1. LOS ORÍGENES DE LA PRIMERA INTERNACIONAL
2. LAS LUCHAS Y EL DECLIVE DE LA A.I.T.

La importancia de la Primera Internacional en la historia del socialismo reside en el hecho de que por primera vez se afirma de una manera precisa la reivindicación por el proletariado de la conquista del poder político. Lo que Marx intentó hacer comprender a las masas obreras a través de la Internacional, es que a la acción aislada, dispersa, esporádica y explosiva debía suceder una acción consciente y masiva; acción que la clase obrera sólo podía librar en el marco de partidos socialistas organizados. Por esta definición del «medio político», tal como fue expuesto en la Carta de 1864 y reconocido por los diferentes congresos, la significación histórica de la Primera Internacional rebasa incontestablemente las dimensiones temporales y espaciales de su existencia real.

1. LOS ORÍGENES DE LA PRIMERA INTERNACIONAL

Antecedentes.

La idea de la solidaridad de las clases trabajadoras se halla expuesta, desde la época de la Revolución francesa, en los escritos de Thomas Paine y en los manifiestos de las *Corresponding Societies* inglesas, así como en los escritos de Gracchus Babeuf y posteriormente en los de su discípulo Buonarroti. Durante el curso de la primera mitad del siglo XIX, es en los medios de la emigración política donde toma cuer-

La fundación

«La Internacional es una criatura venida al mundo en Francia y amantada en Londres.» En efecto, nació del acuerdo de las dos clases obreras más evolucionadas de la Europa de entonces, la británica y la francesa.

A la cabeza de la clase obrera británica se hallaban los jefes de las trade-unions, que se federaban de una manera local y a veces nacionalmente en el marco de vastas sociedades «amalgamadas». El espíritu que animaba a estas trade-unions, es más conocido por el nombre de «sindicalismo nuevo modelo». Sólo agrupaba a los obreros cualificados (skilled), y, por tanto, excluía la mano de obra; sólo se preocupaba del ensanchamiento de los derechos políticos y sindicales; se apoyaba en los dos grandes partidos políticos británicos, de mejor grado en el liberal, para obtener las reformas anheladas; practicaban una acción reformista, pero no constituían agrupaciones revolucionarias, ni siquiera socialistas, cuando no eran hostiles a la lucha de clases. No obstante las trade-unions se veían empujadas, desde el punto de vista de su propio interés, a apelar a la solidaridad internacional de los trabajadores. Tal fue, por ejemplo, cuando los industriales británicos llamaban, para romper las huelgas, a los obreros del continente demasiado inclinados a ir a trabajar a Gran Bretaña con salarios más bajos. Por otra parte, las trade-unions venían mostrando desde hacía varios años un vivo interés por los problemas internacionales: de ahí la calurosa recepción a Garibaldi en 1860 y en 1864; el apoyo concedido, en oposición con la actitud oficial del Gobierno, a los nordistas en la guerra de Secesión norteamericana; así como el apoyo otorgado en 1863 a los insurrectos polacos y el llamamiento, en este mismo sentido, a los camaradas franceses.

Contactos similares se iniciaron en 1862 con ocasión del envío de una delegación francesa a la Exposición Universal de Londres, envió que respondía al deseo de Napoleón III de conciliarse, frente a las clases dirigentes que le mostraban una creciente desconfianza, a ciertos elementos de la clase obrera, sin que por ello se suprimiese la legislación vigente que prohibía toda coalición obrera. Los miembros de dicha delegación, presidida por H. Tolain, obrero cincelador, eran adeptos del socialismo proudhoniano de inspiración apolítica: hostiles a la acción directa de los blanquistas y a la oposición republicana de izquierda, pero partidarios de la organización de cooperativas y del crédito mutual,

po por primera vez la organización internacional de trabajadores. Tres grupos, en quienes se ha pretendido ver a los precursores de la Internacional, reflejan estas preocupaciones:

1. La Liga de los Justos fue constituida en 1826 entre los intelectuales y los obreros que trabajaban en París, en el faubourg Saint-Antoine, algunos de los cuales, tras el fracaso de la insurrección blanquista de «Saisons», en 1839, se refugiaron en Londres y se agruparon bajo la dirección de un tipógrafo, K. Schapper. Divididos primero entre la ideología weftlingista y las sugerencias de Marx, hicieron venir a este último a Londres, y, bajo su influencia, se transformaron en Liga de Comunistas, con una organización centralizada. Después de la revolución de 1848, la Central de la Liga se estableció en Colonia, donde Marx tenía varios partidarios, pero no sobrevivió al proceso que incoaron a sus jefes ante la Corte de esta ciudad.

2. La sociedad Fraternal Democrats fue fundada en Londres en 1845 por cierto número de cartistas y demócratas proscritos. Bajo la dirección de Harney y de Bronterre O'Brien creó un notable periódico obrero. Dicha sociedad estaba en relación con la Asociación democrática que creaba en Bruselas radicales belgas, franceses y alemanes, y cuyo primer vicepresidente fue Karl Marx. Pero las Fraternal Democrats sufrieron la represión que siguió al fracaso del último movimiento cartista de 1848 y desaparecieron en 1852.

3. En 1856 se formó en Londres una Asociación Internacional por la unión de un grupo de proscritos franceses que pertenecían a la «Comuna revolucionaria» y antiguos cartistas que habían constituido un International Committee, a fin de oponerse a la venida de Napoleón III a Londres con ocasión de la guerra de Crimea. Aunque de escasa audiencia, la Asociación internacional prefigura ya la futura Internacional, y varios de sus dirigentes entrarán más tarde en el Consejo General.

Ninguno de estos grupos tuvo porvenir, porque en su seno se estableció una confusión entre las tendencias sociales de los elementos obreros y la acción esencialmente nacional que perseguían los proscritos políticos. Es esta confusión la que explica, por otra parte, las vacilaciones de Marx a colaborar en la Primera Internacional, cuando la formación de la misma.

pensaban que únicamente por medios pacíficos y por formación intelectual el proletariado podría algún día emanciparse. Lo que reclamaban por el momento no era otra cosa que la posibilidad, para los obreros, de organizarse, de dirigir sus propios asuntos. Por eso quedaron maravillados de la eficacia de las trade-unions y, a su regreso, reivindicaron el derecho de asociación y de reunión; dos años después, la ley de 24 de mayo de 1864, les concedió el derecho de huelga.

En julio de 1863, con motivo de la invitación de los obreros británicos, fue constituido un comité en Londres y apareció un llamamiento redactado por G. Odger, secretario del *London Trades Council*, que gozaba de gran prestigio tras haber dirigido con éxito una huelga de la construcción. Dicho llamamiento insistía sobre la necesidad de organizar congresos que agruparan a los obreros de todos los países, con vistas a establecer un medio de presión sobre los gobiernos (era evidente que su autor pensaba en Polonia) y a luchar contra ciertas prácticas empleadas por el mundo capitalista, como por ejemplo contratar a obreros extranjeros a fin de hacer bajar los salarios y romper las huelgas.

Tras un largo intercambio de correspondencia, el 28 de setiembre de 1864 se celebró en Londres el mitin de Saint-Martins Hall. De hecho, las deliberaciones, extremadamente confusas, llevan la marca del carácter heteróclito de la asistencia: trade-unionistas británicos, emigrados políticos (polacos, húngaros amigos de Kossuth, italianos partidarios de Mazzini), miembros de la Asociación de trabajadores alemanes, que acababa de fundarse bajo el impulso de Lassalle, proudhonianos franceses (Toulain, Limousin y Perrichon), algunos emigrados alemanes, como Eccarius y Marx. La más importante intervención en el curso de los debates fue la de Tolain: «¡Trabajadores de todos los países que queréis ser libres, organizad congresos...! Es necesario unirnos para oponer una barrera infranqueable a un sistema funesto que divide a la humanidad en dos clases, una plebe ignorante y famélica y unos mandarines pletóricos y ventrudos. Salvémonos por la solidaridad.» Pero de hecho el mitin se limitó a aprobar la creación de secciones europeas bajo la dirección de un Comité Central radicado en Londres. La palabra «socialismo» no fue pronunciada; ninguna ideología fue definida, ninguna actividad sindical fue prevista.

Fue entonces cuando intervino Karl Marx con su indiscutible personalidad. El suizo J. Guillaume lo describiría

posteriormente «como el cucú, Marx ha venido a poner su nuevo en nido ajeno». A decir verdad, había asistido pasivamente a la sesión del 28 de setiembre, y no sin vacilaciones aceptó colaborar en el Comité provisional encargado de elaborar los estatutos de la Internacional, si bien, por falta de salud no pudo participar en las primeras sesiones. No obstante, Marx desempeñó un papel esencial en la elaboración de los estatutos; al descartar dos proyectos: uno dirigido a un discípulo de Mazzini, el mayor Wolff, que cargaba el acento sobre la idea de emancipación nacional, el otro era de un owenista británico, Weston, de carácter utópico. Marx recibió al mismo tiempo el encargo de redactar el *Llamamiento inaugural de la Internacional*. En estos diversos documentos no buscó Marx en absoluto imponer una doctrina, sino dejar que se desarrollaran libremente las grandes asociaciones proletarias existentes, cualesquiera que fueren los errores de los que pudieran ser víctimas; no busca siquiera el atacar de frente al proudhonismo. La Asociación no es concebida más que como «un punto central de comunicación» entre las diversas sociedades obreras, y la soberanía pertenecerá a un Congreso compuesto por delegados de las distintas ramas de la Asociación, que se reunirá todos los años y elegirá el Consejo General, responsable ante él. Marx ha insistido sin embargo sobre dos ideas, a saber: «que la emancipación de la clase obrera será obra de los propios trabajadores» y que «la clase obrera no puede ser indiferente a la conquista del poder político». La idea esencial que él desarrollará en el curso de estos años de lucha, esriba ~~em~~ que, contra el poder colectivo de las clases poseedoras, el proletariado no puede actuar más que constituyendo un partido político distinto, el cual no debe rehuir ni la acción electoral ni la acción parlamentaria, y que debe apoyar las reivindicaciones legales encaminadas a mejorar en el presente la situación material de los trabajadores. Para hacer triunfar sus ideas, Marx dará pruebas de prudencia; no hay en él la menor traza del sectarismo del que se le acusará más tarde; pero actuando siempre entre bastidores, las impondrá por su actividad maníobrero y su pujanza dialéctica, y no tardará en adquirir en el Consejo General una evidente autoridad, que vendrá acrecentada a partir de 1870 con la presencia de Engels junto a él, a título de secretario correspondiente por Alemania e Italia.

2. LAS LUCHAS Y EL DECLIVE DE LA A.I.T.

Efectivos y medio de acción de la A.I.T.

Acercas de la importancia numérica de la Internacional no tarda en formarse una leyenda, difundida a la vez por sus enemigos y sus partidarios. En el proceso incoado contra la sección francesa de la Internacional en junio de 1870, el procurador general fijó los efectivos de la Internacional en 811.513 miembros, de los cuales unos 443.000 pertenecían a la sección francesa. En su *Libro azul*, el francés O. Testut, que no ocultaba su fobia por la Internacional, habla de cinco millones de afiliados. Se trata de cifras que no responden en absoluto a la verdad. Por lo que sabemos, los medios económicos del Consejo General siempre fueron insignificantes. Por otra parte, conviene distinguir entre los adherentes personales que fueron poco numerosos (2.000 en Francia, aproximadamente; menos de 300 en Inglaterra) y los miembros de las grandes organizaciones sindicales y de los partidos que, en un momento dado, declararon haber dado colectivamente su adhesión al movimiento de la Internacional. Y aun así, éstos jamás fueron tan numerosos como algunos han pretendido. En su apogeo, hubo sin duda 50.000 afiliados en Gran Bretaña, lo que es poco si se tiene en cuenta que las trade-unions contaron en el mismo momento 800.000 miembros; en Francia, algunas decenas de miles a lo sumo, 6.000 como máximo en Suiza. El reclutamiento no provenía de las nuevas industrias nacidas de la revolución industrial, sino de los antiguos oficios, a menudo de las industrias decadentes, y más del textil que de la metalurgia; aparte Bélgica, en donde al parecer la gran industria resultó tan afectada como el artesanado clásico.

Contra lo que se pudiera pensar, la influencia de la Internacional siguió siendo débil en los medios sindicales británicos, a pesar de que contribuyeron a su fundación y de que estaban ampliamente representados en el seno del Consejo General. Sea como sea, manifestaban una creciente reserva hacia ella. El London Trades Council se negó categóricamente a adherirse a la misma (1866). Las Trade-unions, organización típicamente reformista, apenas prestaron atención a la Internacional. Por contra, la A.I.T. tuvo un gran eco entre las organizaciones obreras del continente, debido a que intervino varias veces con éxito en las huelgas y creó una organización internacional de resistencia. La huelga más notable fue la de los obreros broncistas de París en 1867,

los cuales, obligados por sus patronos a abandonar su sociedad de crédito mutual y amenazados por su negativa de lock-out, apelaron a la Internacional y, gracias a su ayuda, pudieron ganar la partida. Cundió el ejemplo: «La huelga es beneficiosa —declara tras la huelga de los obreros de la construcción de Ginebra un delegado de esta ciudad en el Congreso de Bruselas en 1868—. Los burgueses, aunque esto es una república, han sido peores que en otras partes, pero los obreros han resistido. Antes de la huelga no eran más que dos secciones, ahora hay 24 secciones, con cuatro mil miembros.» Todas las huelgas no son victoriosas, es cierto; pero incluso cuando fracasan, como la de los pasamaneros de Basilea en 1869, provocan un movimiento de solidaridad que beneficia a la A.I.T. Se ha afirmado justamente que «si la Internacional no lanzó a los obreros a la huelga, la huelga los lanzó a la Internacional». El Consejo General de Londres declara, tras la huelga del textil del algodón de los obreros ruaneses, en diciembre de 1868: «El fracaso material de esta revuelta económica fue compensado con creces por sus resultados morales, pues encuadró a los obreros del textil del algodón de Normandía en el ejército revolucionario». Como consecuencia de tales acontecimientos, aumentó los efectivos de las secciones, a veces desmesuradamente, para caer seguidamente e incluso desaparecer.

La obligación en que se encuentran las agrupaciones de la A.I.T. de apoyar a los obreros en huelga conduce forzosamente a la organización a endurecer su política, a tomar posición contra los patronos y el Gobierno. Debido a esto, en el seno de la Internacional, los reformistas pierden terreno en provecho de los partidarios de la acción revolucionaria. Esta evolución es particularmente diáfana en el caso de las secciones francesas, cuya red ha tomado, a partir de 1868, una vasta extensión. El primer buró de la sección parisina de la Internacional, establecido en la calle des Gravilliers, que cuenta con 200 miembros en sus comienzos, es de inspiración proudhoniana «estrecha»: Tolain la dirige con un espíritu mutualista, cooperativo, con la preocupación de no comprometer a la A.I.T. en sus asuntos políticos; así, se la ve con desconfianza no sólo por los blanquistas, sino también por los republicanos, que denuncian sus pretendidas connivencias con el Gobierno de Napoleón III, y por sus simpatías por lo que se ha dado en llamar un «socialismo imperialista». El Imperio, en sus comienzos, no fue sistemáticamente hostil a la Internacional; pero no tardó en darse cuenta de que ésta apoyaba los movimientos subversivos, que participaba en ciertas manifestaciones diri-

gidas contra el régimen, como el homenaje tributado al héroe de la revolución veneciana de 1848, Manin. En diciembre de 1867 se inicia un proceso a la Internacional, bajo la inculpación de asociación no autorizada de más de veinte miembros. Como consecuencia del mismo, el segundo buró que se constituye en 1868, dominado por Eugène Varlin, adopta una posición más radical: proudhoniano «ancho», Varlin no puede concebir un movimiento obrero sin perspectivas políticas, se declara partidario de un «colectivismo antilestatal» y adopta respecto a la idea de la huelga una actitud más positiva. En el curso del proceso que se le sigue en mayo de 1868 y que desemboca en una nueva disolución de la sección parisiense, declara: «Si ante la ley resultamos acusados y somos juzgados por ustedes, jueces, quedará claro que existen dos partidos: ustedes el partido del orden; nosotros el partido de los reformadores, el partido socialista. Observad la época actual y veréis en ella un odio sordo entre la clase que quiere conservar y la que quiere adquirir.» La ola de huelgas en 1868-1869 facilita el desarrollo del movimiento, que controla la Cámara federal formada por las principales secciones sindicales de la capital y que ha formado una red de federaciones de barrio, agrupadas a su vez en torno a una federación de las secciones parisienses. Un trabajo similar se ha llevado a cabo en las grandes ciudades de provincias, en Ruán por E. Aubry, en Lyon por A. Richard, en Marsella por Bastelica. La Internacional se ha convertido en una potencia susceptible de movilizar masas considerables, como por ejemplo ocurrió el día de los funerales de Victor Noir, y al intervenir en el plebiscito de 1870 para aconsejar la abstención. El 30 de abril de 1870, el gobierno ordena el arresto de los jefes de la Internacional; Varlin se refugia en Bruselas.

Si en Francia—como en Bélgica—son las asociaciones obreras las que constituyen la fuerza principal de la A.I.T., ésta puede, en Alemania, contar con el apoyo de un partido organizado. En este país, es un demócrata, refugiado en Suiza tras la revolución de 1848, J. P. Becker, cuyo órgano es el «Vorboten», quien crea la mayor parte de las secciones de la Internacional. Marx contaba por otra parte con un ferviente discípulo, W. Liebknecht, el cual, tras separarse del movimiento lassalliano (cf. pág. 40) cuyo patriotismo prusiano combatía él, fundó con Bebel la Unión de asociaciones obreras, cuyo congreso de 1868, en Nuremberg, se pronunció en favor de las ideas de la Internacional; y cuando se constituyó en 1869, por la fusión con ciertos grupos lassallianos disidentes, el primer Partido socialdemócrata

en Eisenach, éste aceptó, sin adherirse a la A.I.T. (lo que le estaba prohibido por las leyes alemanas), reconocer la dirección moral del Consejo General de Londres. Y si bien el nuevo partido estaba lejos de responder a los ambiciosos proyectos que Marx había establecido para Alemania, no es menos cierto que de todos los grupos que invocaban a la A.I.T., era el que más se acercaba al pensamiento marxista.

Los conflictos ideológicos

De hecho, Marx no cesó en el curso de la corta vida de la Primera Internacional de topar con una doble oposición, la de los proudhonianos y la de los bakuninistas. En 1871, Marx escribe: «La historia de la Internacional ha sido una continua lucha del Consejo General contra las sectas y las tentativas de los aficionados que trataron siempre de mantenerse contra el movimiento real de la clase obrera en el seno de la Internacional misma. Esta lucha ha sido librada en los congresos, y más aún en las negociaciones privadas del Consejo General con cada sección en particular.»

Reclutados sobre todo en el seno de la delegación francesa, los proudhonianos deseaban una evolución pacífica y progresiva y rechazaban toda especie de consigna de orden revolucionario; así, Fribourg ve en la Internacional «un instrumento para ayudar al proletariado a conquistar pacífica, legal y moralmente el lugar que le pertenece bajo el sol de la civilización». Recelosos respecto a las huelgas, que ellos estiman a veces inevitables, pero siempre indeseables, condenan asimismo toda especie de legislación social, toda intervención del Estado en las relaciones entre el capital y el trabajo. A Marx le inspiran una viva hostilidad; en su correspondencia habla del «sentimentalismo» de la «fraseología huera» de los socialistas franceses, y en su vehemente reprobación se ve apoyado por los trade-unionistas británicos; sin embargo, evita atacarles de frente, y se muestra dispuesto a conceder amplias concesiones. Por otra parte, en los primeros años, los proudhonianos logran imponer su punto de vista. En 1865 cuando se reunió—por ser imposible un congreso—la primera conferencia de los secretarios de secciones, los franceses hicieron fracasar la votación de una resolución en favor de la reconstitución de Polonia, porque se trataba de una cuestión «política» que no tenía lugar en una asamblea obrera, y porque la resolución se inspiraba en el principio de nacionalidad cuya nocividad había demostrado Proudhon. Con ocasión del congreso de Ginebra (1886), Tolain y Fribourg definieron el principio

de la emancipación obrera por la generalización del mutualismo, y se opusieron con éxito a la huelga como método de combate revolucionario; mas no pudieron hacer admitir el principio de que el acceso a la A.I.T. debía ser reservado a los trabajadores manuales. En el congreso de Lausana (1867), la preponderancia francesa sigue siendo neta, pero ya está empañada; el proudhonismo se diluye poco a poco; en particular el belga César de Paepe, otrora anarquista proudhoniano, se pronuncia en favor de la colectivización de las tierras. Y en los dos congresos siguientes, se pone de manifiesto la victoria definitiva del colectivismo sobre el proudhonismo. En Bruselas, en 1868, el Congreso, a propuesta de César de Paepe, se pronuncia por la apropiación colectiva de la tierra, de las minas y de los ferrocarriles; y vota una resolución en favor de la creación de sociedades cooperativas destinadas a explotar las riquezas que pertenecen al Estado. Por último, el congreso de Basilea, cuya importancia estriba en que reviste un carácter plenamente internacional, declara, en 1869, casi por unanimidad, que la sociedad tiene el derecho a suprimir la propiedad individual de la tierra y a hacerla entrar en la comunidad.

Es precisamente en el congreso de Basilea donde Bakunin hace su primera aparición en la escena de la Internacional y logra su primer éxito. Establecido desde 1864 en Italia, trató de utilizar las agrupaciones creadas por Mazzini, de las que por otra parte condensa la ideología nacionalista y religiosa, para constituir una especie de Fraternidad internacional de carácter secreto. Para asentar su influencia, intentó entrar en relaciones, aunque sin éxito, con la Liga de la Paz y de la Libertad, organización internacional creada por burgueses republicanos que en 1868 celebró un congreso en Ginebra. Finalmente, funda la Alianza internacional de la democracia socialista, la cual solicita adhesión a la Internacional; el Consejo rehúsa su incorporación en bloque, pero termina por autorizar la adhesión individual de las diversas secciones de la Alianza. De este modo, Bakunin, como representante de la sección de Ginebra, participa en el congreso de Basilea en donde triunfa contra Marx al poner a votación el principio de la supresión completa de la herencia.

La oposición entre Marx y Bakunin no sólo atañe a las cuestiones de doctrina —Bakunin es anarquista y federalista—, sino a los métodos que la clase obrera debe seguir para asegurar la victoria: Bakunin condena la participación en las elecciones y la lucha por las reformas sociales; no cuenta tanto con las élites obreras como con los cam-

pesinos pobres y los intelectuales para realizar la revolución. Y por lo que se refiere a la organización de la A.I.T., Bakunin sigue mostrándose, contra Marx, hostil a toda especie de centralización y en consecuencia combate el dominio del Consejo General sobre las secciones. Si se tiene en cuenta las diferencias fundamentales de temperamento plasmadas en la rusofobia de Marx y la germanofobia de Bakunin, salta a la vista que la oposición entre ellos era insuperable.

De hecho, Bakunin impone también a los movimientos revolucionarios que él organiza una subordinación absoluta del individuo al organismo director. En particular la Fraternidad internacional, tropa de choque en el seno de la Alianza democrática, está sometida a una disciplina rigurosa respecto a ella. En una carta a A. Richard, en 1870, admite que para dirigir una revolución es necesaria una dictadura, una «dictadura sin fajines, sin títulos, sin derecho oficial, y tanto más poderosa por cuanto no tendrá ninguna de las apariencias del poder». En su política obstruccionista en el seno de las secciones no retrocede ante las maniobras de Marx para seguir siendo el dueño de la Internacional. En el fondo es partidario de la teoría blanquista de las «minorías activistas», pero en su polémica con Marx se vio obligado a insistir sobre el peligro que entrañaba todo autoritarismo, sobre el valor de la espontaneidad de las masas y sobre la autonomía de las federaciones.

La influencia de Bakunin no tardó en ejercerse débilmente sobre diferentes secciones de la Internacional en Francia, en donde sólo Richard y Bastelica fueron conquistados, y de una manera más fuerte en los países de economía poco desarrollada y en aquéllos en los que el artesanado sigue siendo el factor esencial de la producción industrial. En Italia, la influencia bakunista se ejerce, a través de la Fraternidad internacional, organización secreta paralela a la Alianza democrática, en cierto número de intelectuales, napolitanos en su mayor parte, que se sienten decepcionados por la forma en que se ha realizado la unidad de su país, así como en un medio económico afectado por la preponderancia del norte; su órgano es la «Egalianza». A. Costa, procedente del garibaldismo se une a Bakunin, así como Caffiero que procede del marxismo. Es también un italiano, G. Fanelli, quien establece las bases de la organización anarquista de Barcelona en el seno de un mundo obrero que se ha visto profundamente decepcionado por la experiencia liberal burguesa durante los años 50, con una población exasperada; en el congreso de Barcelona, en ju-

mio de 1870, se agrupan las 150 sociedades de la federación española, cuyo órgano es «Solidaridad», en Madrid, y «Federación» en Barcelona, para difundir sus ideas. El envío por Marx de su yerno C. Lafargue y la creación del periódico «La Emancipación» resulta inoperante. En la Suiza francesa, y en particular en la región fabril relojera, la influencia de Bakunin encuentra eco en hombres como el tipógrafo J. Guillaume y el relojero Schwitzgübel, que insistieron, contra el doctor Coullery, editor de la «Voix de l'Avenir», sobre el carácter apolítico de la Internacional y fundaron una federación disidente de inspiración anarquista, con ocasión del Congreso de la Chau-de-Fonds (abril de 1870), que el año siguiente adoptó el nombre de Federación Jurasiana. Lo que esencialmente estaba en juego entre socialistas y anarquistas suizos era el periódico ginebrino «L'Egalité», que seguía estando en manos de los partidarios de Marx. Con ocasión de la querrela suiza, Marx denuncia las intrigas de los bakunistas en una «nota confidencial» enviada a todas las secciones.

La dura prueba de la guerra de 1870 y de la Comuna

No son las duras pruebas de la guerra y de la Comuna las que, contrariamente a lo que pudiera creerse, van a determinar la desaparición de la A.I.T. Esta las atravesó sin perder lo esencial de su cohesión y de su influencia.

La guerra franco-prusiana provocó entre los socialistas alemanes reacciones diferentes. Bajo el influjo de Marx y Engels que, como lo atestigua su correspondencia, tenían tendencia a ver en la victoria de los ejércitos alemanes la de su propia ideología sobre el proudhonismo —«los franceses necesitan que se les atice una buena paliza», escribe Engels el 20 de junio de 1870—, el comité de Brunswick, que dirige el partido socialdemócrata, estima que Alemania libra una guerra defensiva; contrariamente, Bebel y Liebknecht, desde 1867 diputados en el Reichstag, el 19 de julio de 1870 se abstienen de votar los créditos militares. No obstante, la rápida derrota de los ejércitos franceses y la proclamación de la República en París aglutinan contra su Gobierno a los internacionistas alemanes: el 5 de septiembre, el comité de Brunswick, a propuesta del Consejo General, reconoce la República francesa y se pronuncia contra toda tentativa de anexión de la Alsacia y de la Lorena. El «Volksrat», órgano socialdemócrata, escribe: «Hasta el 4 de setiembre la guerra era para Alemania una guerra de defensa. Pero esta guerra ha terminado. Si continuara sería

de conquista; una guerra de la monarquía contra la república, de la reacción contra la revolución; una guerra en la que la democracia alemana debe combatir al lado de la República francesa.»

Bebel y Liebknecht, el 4 de septiembre, votan contra los créditos necesarios para la continuación de la guerra lo que provocó su arresto; en 1872 se les incoa un proceso espectacular por traición.

Las secciones francesas de la Internacional, debilitadas por las persecuciones sistemáticas de que fueron objeto al final del Imperio, no desempeñaron un papel preponderante ni en los acontecimientos que siguieron a la proclamación de la República (la tentativa de Bakunin para adueñarse de Lyon el 28 de setiembre fue vana) ni durante el sitio de París ni en la insurrección del 18 de marzo, que fue obra de la Guardia Nacional. En el seno del consejo de la Comuna los «internacionales», una treintena, pero bastante divididos entre ellos, sólo ocupan cargos secundarios, de carácter económico o administrativo; continúan siendo harto moderados en sus reivindicaciones sociales, por oposición a la mayoría «jacobina», y constituyen una fuerza moderadora. Por lo que se refiere al Consejo General de la A.I.T., no alentó en absoluto la revuelta del 18 de marzo. Sin embargo, siguió con interés y simpatía los acontecimientos de la Comuna, tratando de informar a las diversas secciones sobre «la verdadera significación de esta grandiosa manifestación parisiense», sobre cuya salida Marx, que envió a París a uno de sus amigos, Serrailier, y aconsejó por medio de cartas a los *communards*, no se hacía ilusión alguna. Esta revolución, Marx la transfigurará por la interpretación que dio de ella en nombre del Consejo General al redactar su estudio *La guerra civil en Francia*, en el que presenta a la Comuna como la vanguardia de una nueva sociedad; la felicita por haber «destruido el estado opresor, amputando los órganos represivos del antiguo poder gubernamental», rompiendo el aparato del Estado burgués, suprimiendo la policía, la burocracia, los ejércitos permanentes, debilitando el poder de los sacerdotes mediante la separación de la Iglesia y del Estado, atacando eficazmente la centralización por medio de la libre federación de las comunas de Francia, emprendiendo la reforma del trabajo mediante la organización de cooperativas de producción. En opinión de Marx, la Comuna aportó el tipo de organización política transitoria que correspondía a la dictadura del proletariado, y en la que el Estado se transformaba de opresor en emancipador.

Ciertamente la Comuna tuvo para la Internacional in-

portantes consecuencias. Bajo el golpe de la represión desaparece la sección francesa, y J. Favre, en junio de 1871, envía una circular a las potencias solicitando que, conjuntamente, tomen medidas contra la Internacional; Bismarck propone una conferencia internacional que la resistencia del Gobierno británico hace fracasar; la represión se abate sobre las secciones alemanas y austro-húngaras. En Gran Bretaña, los trade-unionistas Odger y Lucraft rehúsan firmar la declaración en favor de la Comuna y abandonan el Consejo General. No obstante la Comuna no paralizó en absoluto la actividad de la A.I.T. Dada la esperanza y el entusiasmo que suscitó, en 1871 se constata un nuevo y no menos poderoso esfuerzo de organización en Italia, España, Dinamarca, Holanda y, sobre todo, en Bélgica, que dispone a la sazón de periódicos importantes, como «La Internacional» de Bruselas, en el que E. Steens desarrolla una campaña de información sobre los acontecimientos de París.

Engels habla de «éxitos colosales» en dichos países. Por último fue la Comuna la que propició la formación en las regiones checas de Bohemia de las primeras agrupaciones internacionalistas.

El fin de la Internacional

No fueron, pues, los acontecimientos de 1870-71 los que provocaron la disolución de la A.I.T., sino las divisiones internas que hasta 1870 no representaron más que un papel secundario, pero que situadas de nuevo en su contexto nacional, vuelven a ser el factor esencial de descomposición. De hecho, no se trata tanto de un conflicto entre marxismo y anarquismo como de una protesta general, pero particularmente viva, en el seno de los jóvenes movimientos en los países mediterráneos contra la pretendida «dictadura» del Consejo General, por tanto, de una actitud «antiautoritaria» vinculada con la nacionalización, ya creciente, de los movimientos obreros. Si, con ocasión de la Conferencia de Londres (setiembre de 1871), Marx, que cuenta aún con el pleno apoyo del Consejo General, logra imponer sus puntos de vista, así como hacer votar una resolución sobre la acción política de la clase obrera, y obtiene la condena de la federación jurasiana bakuninista, la oposición no tardará en tomar cuerpo, primero en el congreso de la sección del Jura, en Sonvillier, que rehúsa, bajo el influjo de J. Guillaume, suscribe las decisiones de Londres, y después, en el congreso de Rimini, en donde se consumó la disolución de la federación de las secciones italianas y que decidió rom-

per con el Consejo General, mientras Marx y Engels denuncian en las *Pretendidas escisiones de la Internacional* el propósito de Bakunin encaminado a adueñarse de la A.I.T. El conflicto encuentra su epílogo, en el Congreso de La Haya (setiembre de 1872), en cuyo curso Marx, que sigue contando, gracias al apoyo del Consejo General, con una fuerte mayoría, hizo excluir a Bakunin y a J. Guillaume, y al mismo tiempo se decidió trasladar el Consejo General de Londres a Nueva York, lo que de hecho constituyó para la Primera Internacional el golpe de gracia. ¿Pensó Marx que la Internacional podría recobrar una nueva juventud en los Estados Unidos, tal como se desprende de sus cartas a su amigo Sorge, miembro del Consejo General neoyorquino? De lo que no hay duda es que tenía el convencimiento de que la A.I.T. estaba demasiado dividida en Europa para poder continuar eficazmente su obra: la mayor parte de las naciones de los Estados meridionales han abrazado el bakuninismo; los prosritos franceses de Londres son blanquistas; los británicos son trade-unionistas; el único elemento con el que Marx puede contar, aparte de algunos emigrados residentes en Londres, es la socialdemocracia alemana, pero ésta se halla demasiado implicada en sus dificultades nacionales para poder aportarle una ayuda eficaz: hay, pues, que renunciar a la misma. Marx no quiere que la A.I.T. caiga en manos de sus adversarios; pero aún desea mucho más introducir en ella nuevas formas de lucha, más apropiadas a las circunstancias, y que van a generalizarse en el curso de los años siguientes.

La A.I.T. fue extinguiéndose poco a poco: el congreso de Filadelfia de julio de 1876 significó la disolución del Consejo General. Las secciones antiautoritarias, cuyo pensamiento se expresa desde 1872 en el «Boletín de la Federación Jurasiana», celebraron en Saint-Imier, bajo la presidencia de Bakunin y de A. Costa, un congreso en el curso del cual rechazaron las decisiones de La Haya para presentarse en adelante como la verdadera Internacional; fortalecidas por el apoyo general, excepto los grupos alemanes, en 1873, celebraron un nuevo congreso en Ginebra, que reorganizó la Internacional sobre la base de la autonomía de las secciones y adoptó la huelga general como medio de emancipación revolucionaria del proletariado. De hecho, la desunión no tardó en manifestarse, pues eran muchos los que estaban cansados de la dictadura de Bakunin, el cual abandonó el movimiento en 1874, mientras los anarquistas italianos se comprometían, ese mismo año y el siguiente, en insurrecciones sin consecuencias. La Internacional antiauto-

119

ritaria celebró su último congreso en Verviers, en 1877, y las secciones jurasianas en la Chaux-de-Fonds, en 1880. Una tentativa para reorganizar la Internacional, iniciada en Ginebra en 1877, y en la que participaron hombres como Liebknecht, César de Paepé y el anarquista Kropotkin, resultó fallida.

Es cierto que la Primera Internacional jamás caló las masas, en particular en las afectadas por la gran industria moderna; su organización fue siempre deficiente, los militantes carecían de experiencia, las cotizaciones eran escasas y los afiliados a menudo infieles. Por otra parte, es incierto que los miembros de la Internacional fueran siempre capaces de comprender el mensaje de solidaridad internacional que se les dirigía; muchos cayeron en el chovinismo, como tantos obreros franceses después de la guerra de 1870. ¿Cuál fue, pues, la importancia de la Internacional? La de haber difundido, a través del Consejo General y de los emigrados políticos, cierto número de principios comunes, así como haber establecido cierta unidad en las conciencias, sin la cual el desarrollo del socialismo después de 1880 hubiese sido inconcebible. La Internacional no fue un «mito», como a menudo se ha escrito, sino un movimiento real que cristalizó las profundas aspiraciones de la clase obrera y desempeñó el papel de agente catalizador en la formación de la conciencia de clase del proletariado. Lo esencial en la Primera Internacional no es, pues, tanto sus realizaciones como sus anticipaciones, no tanto la vida efímera de las secciones como los impulsos que les dictaron desde arriba: «una alma grande en un cuerpo pequeño».

DOCUMENTOS

1. PREÁMBULO Y ESTATUTOS DE LA INTERNACIONAL

Considerando:

Que la emancipación de los trabajadores debe ser obra de ellos mismos, que sus esfuerzos por conquistar su emancipación no deben tender a constituir nuevos privilegios, sino a establecer para todos los mismos derechos y los mismos deberes.

Que el sometimiento del trabajador al capital es la fuente de toda servidumbre: política, moral, material. Que, por esta razón, la emancipación económica de los trabajadores es el gran objetivo al que debe ser subordinado todo movimiento político.

Que todos los esfuerzos realizados hasta aquí han fracasado por falta de solidaridad entre los obreros de las diversas profesiones en cada país, y de una unión fraternal entre los trabajadores de diversas regiones.

Que la emancipación de los trabajadores no es un problema simplemente local o nacional, sino que, por el contrario, interesa a todas las naciones civilizadas, ya que su solución está necesariamente subordinada a su concurso teórico y práctico.

Que el movimiento que se lleva a cabo entre los obreros de los países más industriados de Europa, al procurar el nacimiento de nuevas esperanzas, advierte solemnemente de no recaer en los viejos errores, y aconseja combinar todos esos esfuerzos aun aislados.

Por estas razones:

Los que abajo firman, miembros del Consejo elegido por la asamblea celebrada el 28 de setiembre de 1864 en Saint-Martin's Hall en Londres, han tomado las medidas necesarias para fundar la Asociación Internacional de Trabajadores...

Y en este espíritu han redactado el reglamento provisional de la Asociación Internacional.

ESTATUTOS

Artículo Primero. Se establece una asociación para procurar un punto central de comunicación y de cooperación entre los obreros de diferentes países que aspiran al mismo objetivo, a saber: el concurso mutuo, el progreso y la total liberación de la clase obrera.

Art. II. El nombre de esta asociación será: *Asociación Internacional de Trabajadores*.

Art. III. En 1865 tendrá lugar en Bélgica, la reunión de un congreso general. Este congreso deberá dar a conocer a Europa las comunes aspiraciones de los obreros; concluir el reglamento definitivo de la Asociación Internacional; examinar los mejores medios para asegurar el éxito de su trabajo y elegir el Consejo General de la Asociación. El congreso se reunirá una vez al año.

Art. IV. El Consejo General radicará en Londres y constará de obreros que representen a las diferentes naciones que formen parte de la Asociación Internacional. Incorporará en su seno, según las necesidades de la Asociación, a los miembros del buró, tales como pre-

sidente, secretario general, tesorero y secretarios particulares para los diferentes países.

Art. V. En cada congreso anual, el Consejo General dará un informe público sobre los trabajos del año. En caso de urgencia, podrá convocar el congreso antes del término fijado.

Art. VI. El Consejo General establecerá relaciones con las diferentes asociaciones de obreros, de tal forma que los obreros de cada país estén constantemente al corriente de los movimientos de su clase en los otros países; que, simultáneamente, se haga una encuesta sobre el estado social con el mismo espíritu; que las cuestiones propuestas por una sociedad, sean discutidas y tengan un interés general, sean examinadas por todos y que cuando una idea práctica o una dificultad internacional reclame la acción de la Asociación, ésta pueda actuar de una manera uniforme. Cuando esto le parezca imposible, el Consejo General tomará la iniciativa de someter proposiciones a las sociedades locales o nacionales.

Art. VII. ...Los miembros de la Asociación internacional deberán esforzarse, en cada país, por reunir en una asociación nacional a las diversas sociedades de obreros existentes, así como por crear un órgano especial... Salvo obstáculos legales, ninguna sociedad local queda dispensada de corresponder directamente con el Consejo General radicado en Londres.

Art. VIII. Hasta la primera reunión del congreso obrero, el Consejo elegido en setiembre actuará como Consejo General provisional. Tratará de poner en comunicación a las sociedades obreras de todos los países. Agrupará a los miembros del Reino Unido; tomará las medidas provisionales para la convocatoria de un congreso general; discutirá con las sociedades locales o nacionales sobre las cuestiones que deberán ser planteadas ante el congreso.

Art. IX. Cada miembro de la Asociación Internacional, al cambiar de país, recibirá el apoyo fraternal de los miembros de la Asociación.

Art. X. Aunque unidas por un lazo fraternal de solidaridad y de cooperación, las sociedades obreras no por ello dejarán de seguir existiendo sobre las bases que les son particulares.

Según la *Primera Internacional. Selección de documentos publicados bajo la dirección*

de J. Freymond, tomo I, Ginebra, Droz, 1962 págs. 10-12.

2. RESOLUCIONES DE LA CONFERENCIA DE LONDRES DE 1871

K. Marx recuerda a los miembros de la *Internacional* que es necesario que el proletariado se constituya en partidos políticos:

Considerando además:

Que contra el poder colectivo de las clases poseedoras el proletariado no puede actuar como clase más que constituyéndose en partido político distinto, opuesto a todos los antiguos partidos formados por la clase poseedora.

Que esta constitución del proletariado en partido es indispensable para asegurar el triunfo de la revolución social y de su objetivo supremo: la abolición de las clases.

Que la coalición de las fuerzas obreras ya lograda por las luchas económicas debe servir también de plataforma en las manos de esta clase en su lucha contra el poder político de sus explotadores.

La Conferencia recuerda a los miembros de la *Internacional*: que en el estado militante de la clase obrera, su movimiento económico y su acción política van indisolublemente unidos.

Según la *Primera Internacional...*, tomo II, página 236.

3. EL PUNTO DE VISTA BAKUNINISTA

I. El I congreso «romand» de *Chaux-de-Fonds* celebrado en abril de 1870, tomó la siguiente resolución:

Considerando que la emancipación definitiva del trabajo no puede tener lugar más que por la transformación de la sociedad política, fundada en el privilegio y la autoridad, en sociedad económica, fundada en la igualdad y la libertad.

Que todo Gobierno o Estado político no es otra cosa que la organización de la explotación burguesa, explotación cuya fórmula recibe el nombre de derecho jurídico.

Que toda participación obrera en la política burguesa gubernamental no puede tener otros resultados que la consolidación de las cosas existentes, y, por tanto,

121

paralizaría la acción revolucionaria socialista del proletariado.

El Congreso «romand» recomienda a todas las secciones de la Asociación Internacional de Trabajadores que renuncien a toda acción encaminada a operar la transformación social por medio de reformas políticas nacionales, y lleve toda su actividad sobre la cuestión federativa de los cuerpos de oficios, único medio de asegurar el éxito de la revolución social. Esta federación es la auténtica representación del trabajo y debe permanecer absolutamente fuera de los Gobiernos políticos.

Según J. Freymond, *Estudios y Documentos sobre la Primera Internacional en Suiza*, Ginebra, Droz, 1964; págs. 225-226.

II. *En una carta a un amigo suyo, Rubicone Nabuzzi, del 23 de julio de 1872, Bakunin expresa su opinión sobre Marx:*

Marx es un comunista autoritario y centralista. Quiere lo que nosotros queremos: el triunfo de la ignuadad económica y social, pero en el Estado y por la fuerza del Estado; por la dictadura de un Gobierno provisional, poderoso y, por decirlo así, despótico, esto es, por la negación de la libertad. Su ideal económico es el Estado convertido en el único propietario de la tierra y de todos los capitales, cultivando la primera por medio de asociaciones agrícolas, bien retribuidas y dirigidas por sus ingenieros civiles, y comanditando los segundos mediante asociaciones industriales y comerciales.

Nosotros queremos ese mismo triunfo de la igualdad económica y social por la abolición del Estado y de todo cuanto se llame derecho jurídico que, según nosotros, es la negación permanente del derecho humano. Queremos la reconstitución de la arbitria y la constitución de la unidad humana, no de arriba abajo por la vía de cualquier autoridad, sino de abajo arriba, por la libre federación de las asociaciones obreras de toda clase emancipadas del yugo del Estado.

...Hay otra diferencia, esta vez muy personal, entre él y nosotros. Enemigos de todo absolutismo, tanto doctrinario como práctico, nosotros nos inclinamos con respeto no ante las teorías que no podemos aceptar como verdaderas, sino ante el derecho de cada cual a

seguir y propagar las suyas... No es éste el talante de Marx. Es tan absoluto en las teorías, cuando puede, como en la práctica. A su inteligencia verdaderamente eminente, une dos detestables defectos: es vanidoso y celoso. Le repelia Proudhon, tan sólo porque este gran nombre y su reputación tan legítima le hacían sombra. Marx ha escrito contra él las más nefandas cosas. Es personal hasta la demencia. Dice «mis ideas», no queriendo comprender que las ideas no pertenecen a nadie, y que si uno busca bien encontrará que precisamente las mejores, las más grandes ideas han sido siempre el producto del trabajo instintivo de todo el mundo; lo que pertenece al individuo no es más que la expresión, la forma...

Marx es judío alemán, como muchos otros jefes y subjeses del mismo partido en Alemania. Desde este punto de vista, por otra parte, los mazzinianos comienzan a asemejarse a los marxistas. Se diría que todos los autoritarios se parecen.

Según M. Molnar, *El declive de la Primera Internacional. La Conferencia de Londres en 1871*, Ginebra, Droz, 1963; págs. 161-162.

4. CONDENA POR MARX DE LA ALIANZA DEMOCRÁTICA EN 1873

Después del congreso de La Haya, K. Marx publica, bajo el título La alianza de la democracia socialista y la A.I.T. (Londres, julio de 1873), un ataque contra los anarquistas. He aquí la conclusión:

Si bien dejando plena libertad a los movimientos y aspiraciones de la clase obrera en los diferentes países, la Internacional logró no obstante reunir un solo haz y hacer sentir, por primera vez, a las clases dirigentes y a sus gobiernos la pujanza cosmopolita del proletariado. Las clases dirigentes y los gobiernos han reconocido este hecho al concentrar sus ataques sobre el órgano ejecutivo de nuestra Asociación, el Consejo General. Estos ataques han venido acentuándose cada vez más después de la caída de la Comuna. ¡Y éste es el momento escogido por los aliancistas para declarar su guerra abierta al Consejo General! Según ellos, su influencia, arma poderosa entre las manos de la Internacional, sólo era un arma dirigida contra ella. Era el precio de una lucha, no contra los enemigos del proletariado, sino contra la propia Internacional. Según sus

decires, las tendencias dominadoras del Consejo General ganaron la partida sobre la autonomía de las secciones y las federaciones nacionales. Ya sólo restaba decapitar a la Internacional para salvar la autonomía.

En efecto, los hombres de la Alianza sabían que, si no aprovechaban este momento decisivo, se malograba la dirección secreta del movimiento proletario soñado por los cien hermanos internacionales de Bakunin. Sus invectivas encontraron un eco aprobador en la prensa policíaca de todos los países. Sus altisonantes frases de autonomía y de libre federación, en una palabra, sus gritos de guerra contra el Consejo General, no eran, pues, más que una maniobra para enmascarar el verdadero objetivo: desorganizar la Internacional y para ello someterla incluso al gobierno secreto jerárquico de la Alianza.

Autonomía de las secciones, libre federación de los grupos autónomos, antiautoritarismo, anarquía. ¡He ahí unas frases que sientan bien a una sociedad de «desclasados», «sin derrotero, sin salida», conspirando en el seno de la Internacional para uncirla a una dictadura oculta y para imponerle el programa de M. Bakunin!

Despojado de sus oropeles melodramáticos, este programa se reduce a esto:

I. Todas las bajezas en que se mueve fatalmente la vida de los desclasados procedentes de las capas superiores son proclamadas como virtudes ultrarrevolucionarias.

II. Se establece como principio la necesidad de atraerse a una pequeña minoría bien escogida de obreros a los que se halaga separándoles de las masas por la iniciación misteriosa, haciéndoles participar en el juego de intrigas y de imposturas del gobierno secreto, y predicándoles que dar rienda suelta a sus «malas pasiones», es conmocionar de arriba abajo la vieja sociedad.

III. Los principales medios de propaganda consisten en atraer la juventud por ficciones —engaños sobre la amplitud y la pujanza de la sociedad secreta, profecías sobre la inminencia de la revolución preparada por ella, etcétera—, y en comprometer bis a bis con los gobiernos a los hombres más avanzados de las clases acomodadas, para explotarlos pecuniariamente.

IV. La lucha económica y política de los obreros por su emancipación se sustituye por las acciones par-

destructoras de la carne de presidio, última encarnación de la revolución. En una palabra, hay que lanzar al golfo... y poner así gratuitamente a disposición de los reaccionarios una banda bien disciplinada de agentes provocadores.

No se sabría decir si lo que prevalece en las elucubraciones teóricas y en los propósitos prácticos de la Alianza, es lo grotesco o lo infame. De todos modos ha logrado provocar en el seno de la Internacional una lucha sorda que, durante dos años, ha entorpecido la acción de nuestra Asociación desembocando en la sección de una parte de las secciones y las federaciones. Las resoluciones tomadas por el congreso de La Haya contra la Alianza respondían, pues, a un deber estricto; no podía dejarse caer la Internacional, esta gran creación del proletariado, en las trampas tendidas por el desecho de las clases explotadoras. Por lo que se refiere a cuantos quieren despojar al Consejo General de las atribuciones sin las cuales la Internacional sólo sería una masa confusa, diseminada, y, por decirlo con el lenguaje de la Alianza, «amorta», nosotros no sabríamos ver en ellos más que traidores y embaucadores.

Según *La Primera Internacional*, tomo II, páginas 455-456.

LECTURAS COMPLEMENTARIAS

No existe aún una historia completa de la A.I.T. El punto de vista antiautoritario figura en:

J. GUILLAUME, *L'Internationale. Documents et souvenirs 1864-1878*, 4 vol. París, 1905-1910.

Los principales documentos han sido publicados en: *La Première Internationale*, colección publicada bajo la dirección de J. FREYMOND, 2 vol. Ginebra, Droz, 1962.

Cf. también:

Répertoire international des sources pour l'étude des mouvements sociaux aux XIX^e et XX^e siècles. La Première Internationale, 3 vol., París, Colin, 1958-1963.

Los trabajos del coloquio de París sobre la historia de la Primera Internacional han sido resumidos por:

J. ROUGERIE, «Sur l'Histoire de la Première Internationale» (*Le Mouvement social*, Éditions ouvrières, abril-junio de 1965).

Entre los estudios de detalle, puede consultarse:

- L. VALLANT, *Storia del movimento socialista. I L'epoca della Prima Internazionale*, Florencia, 1951.
- A. LEHNING, *Michel Bakounine et l'Italie 1781-1872*, 3 vol., Amsterdam, 1961-1965.
- R.P. MORGAN, *The German Social Democrats and the First International, 1864-1872*, Cambridge, 1965.
- J. DUCLOS, *La Première Internationale*, Paris, Editions sociales, 1964.
- J. BRUHAT, *La Première Internationale et les syndicats*, Paris, s.f.
- J. FREYMOND, *Études et documents sur la Première Internationale en Suisse*, Ginebra, Droz, 1964.
- M. MOLNAR, *Le Declin de la Première Internationale. La Conférence de Londres*, Ginebra, Droz, 1963.
- R. COLLINS y C. ABRAMSKY, *Karl Marx and the British Labour Movement: Years of the First International*, Londres, 1965.
- Entre las obras publicadas en nuestro país:
- J. TERRES, *El Movimiento Obrero en España. La Primera Internacional (1864-1881)*. Cátedra de Historia General de España. Barcelona, 1965.
- O. Vergés, *La I Internacional en las Cortes de 1871*. Cátedra de Historia General de España, Barcelona, 1964.
- C. Martí, *Orígenes del Anarquismo en Barcelona*. Editorial Teide. Barcelona, 1959.
- M. García Venero, *Historia de las Internacionales en España*. Madrid, 1956.
- J.J. Morato, *Historia de la Sección española de la Internacional*, Madrid, 1928.
- F. Mora, *Historia del socialismo obrero español*, Madrid, 1902.
- Una interesante colección de recuerdos figura en:
- F. BRUBACHER, *Socialisme et Liberté. Les Cahiers Pensée et Action*, Paris y Bruselas, 1964.

124

CAPÍTULO II

LA SOCIALDEMOCRACIA ALEMANA 1875-1914

1. LA FORMACIÓN DEL PARTIDO SOCIALDEMOCRATA
2. LA VIDA HEROICA DEL PARTIDO
3. EL PARTIDO FRENTE A LA CRISIS REVISIONISTA

El fracaso de la Primera Internacional dejó la primacía a los partidos nacionales. Entre ellos, el primero que se constituyó fue la socialdemocracia alemana, que durante mucho tiempo gozará del mayor prestigio, por el hecho de la valiente resistencia que supo oponer a las leyes de excepción de que fue víctima, a través de los años ochenta, por parte de Bismarck. Este partido, que se denomina a sí mismo revolucionario, afirma sin rebozo su vinculación a la ideología marxista de la lucha de clases y anuncia el inevitable advenimiento de una revolución que preluirá la organización de la sociedad colectivista; y durante muchos años rehuirá las atracciones del revisionismo, al cual no cesa de oponer, en la teoría, la pura doctrina de la ortodoxia marxista. Sin embargo, fruto de una serie de compromisos, consuetudos a integrarse en un Estado fuertemente estructurado, se verá obligado a buscar, por la práctica del sufrágio universal y de las libertades constitucionales, las reformas inmediatas que harán la vida aceptable al mundo del trabajo. Es decir, que la socialdemocracia alemana no tardó en hacer la experiencia de una táctica reformista que podía adaptarse a las condiciones de una era no revolucionaria.

Historia del Socialismo
Droz Jacques,
ed.

CAPÍTULO VII

EL MUNDO SOCIALISTA Y LA SEGUNDA INTERNACIONAL
(1889-1914)

1. LA REORGANIZACIÓN DE LA INTERNACIONAL
2. LAS PRIMERAS DIFICULTADES DE LA INTERNACIONAL
3. LA INTERNACIONAL ANTE LOS PROBLEMAS POLÍTICOS INTERNACIONALES

La vida de los grandes partidos nacionales, que tomaron su impulso en los últimos decenios del siglo XIX, sería ininteligible si no se tuviese en cuenta el papel de la Segunda Internacional, reconstruida en 1889, y cuyos congresos se celebraron hasta las vísperas de la guerra de 1914. Los dirigentes socialistas encontraron en estas reuniones una tribuna en la que podían plantear los propios problemas, oponer sus puntos de vista, y definir en común soluciones teóricas o normas de acción que pasaban a ser moralmente obligatorias para los partidos afiliados. Con todo, la Segunda Internacional se distingue de la Primera en que no trató de intervenir directamente en la vida de los partidos nacionales, cuya autonomía respetaba enteramente; actuaba no por órdenes, sino por consejos. Y se ha podido escribir que «a pesar de su importancia fue tan sólo una federación de agrupaciones nacionales, poseyendo posibilidades reducidas para realizar la unidad de sus elementos constitutivos». La existencia de opiniones discrepantes era no sólo tolerada, sino respetada como emanada de la naturaleza misma del socialismo. Lo cual no quiere decir que la Segunda Internacional no tuviera una constante preocupación de unidad y de cohesión. ¿Diversidad nacional o unidad internacional? Estos dos términos expresan el uno y el otro de los aspectos cambiantes de la Internacional. Ch. Rappoport podía es-

cribir en 1910, después del Congreso de Copenhague: «Las fuerzas que componen la Internacional son de orígenes muy diversos. Las naciones que la componen viven en condiciones políticas, económicas, intelectuales y morales enteramente variadas... Y hay que dar a esta verdad infinita una sola dirección general, la dirección socialista. De ahí las dificultades innumerables.»

1. LA REORGANIZACIÓN DE LA INTERNACIONAL

Pese a las diversas tentativas iniciadas, principalmente bajo la influencia de socialistas belgas o suizos, «nostálgicos de la Internacional» —conferencias de Coire en 1881, de París en 1883—, la Internacional no se reconstituye más que en 1889. Estas demoras se explican por la actitud de Marx y Engels, quienes estimaron que el problema primordial era formar partidos nacionales poderosos y coherentes, y también por la pluralidad de sistemas socialistas que hacían aleatoria la reconstitución de una Segunda Internacional, destinada a sucumbir a las mismas contradicciones que la Primera. El marxismo, en efecto, sólo había triunfado en el seno de dos partidos socialistas, el alemán y el austriaco. En Francia se hallaba en concurrencia con numerosos movimientos más conformes a los gustos del socialismo francés y en Gran Bretaña a las tradiciones trade-unionistas; y aún debía tener en cuenta la corriente anarquista y neobakuninista, que seguía siendo muy influyente en los movimientos revolucionarios europeos.

Los anarquistas se oponen a toda especie de compromiso con la vida parlamentaria y estiman completamente inútil la votación de una legislación del trabajo. Al juzgar incompatible con la libertad individual la existencia del Estado, piensan que la destrucción del mismo es el primer objetivo a perseguir. Desde la desaparición de Bakunin, el principal teórico es el príncipe Kropotkin, quien, tras una brillante carrera en la corte de Rusia, hizo conocimiento con numerosos anarquistas franceses e italianos, y desde 1878 venía publicando en Suiza «Le Révolte». Después de haber sido condenado por un tribunal francés por pertenecer a la Primera Internacional, residió en Gran Bretaña, país en el que desarrolló, en un gran número de obras, como *L'Aide mutuelle*, un anarquismo comunitarista, muy distinto del anarquismo individualista de la generación precedente.

Pero donde el anarquismo tiene más predicamento es en Italia. Sin embargo, tras el fracaso de las tentativas de insurrección de Bolonia (1874) y de San Lupo (1887), algunos anarquistas, como A. Costa y después A. Cipriani, se orientan hacia el socialismo legal, defendido en Milán por E. Bigami en su periódico «La plebe». El anarquismo sigue siendo profesado por Saverio Merlino y sobre todo por E. Malatesta, quien publica su *Questione sociale*, primero en Italia y después, tras su tentativa de sublevar Nápoles con ocasión de una epidemia de cólera en 1885, en Argentina. En Italia existen numerosas agrupaciones anarquistas, en Toscana, en la Romagna, en el Mezzogiorno, pero sin nexo efectivo entre sí.

En España, las agrupaciones anarquistas organizadas por Fanelli actúan en la clandestinidad, tras el fracaso de la revolución de 1873. Más tarde se reconstituye una Federación Regional de Sindicatos, pero se manifiestan oposiciones entre los catalanes que ponen el acento en la acción sindical y los andaluces, partidarios de la acción directa contra los terratenientes y los funcionarios. Fueron los crímenes terroristas perpetrados a la sazón en la región de Jerez los que dieron nacimiento al mito de la «Mano Negra». Existe, sin embargo, cierto número de socialistas madrileños que rechazan el anarquismo y se agrupan en torno al periódico «El Socialista» y a la notable personalidad del tipógrafo madrileño Pablo Iglesias, el cual se propuso dar al Partido una dignidad y moralidad excepcionales. La organización política fue completada en 1888 por la creación de una Unión General de Trabajadores (U.G.T.), que se desarrolló en las regiones de concentración industrial, como Asturias y Vizcaya; pero es en Cataluña donde la Confederación Nacional del Trabajo (C.N.T.), reconstituida en 1910 sobre la base del anarcosindicalismo, encuentra su vasta clientela.

Aparte de estos dos países, en los que el desarrollo del pensamiento anarquista debe ser situado en relación con el carácter precapitalista de la economía y la existencia de una vasta intelectualidad desclasada, es en Holanda donde el anarquismo tiene la mayor influencia, gracias a la personalidad de D. Nieuwenhuis, quien extrae sus argumentos del Antiguo Testamento y prosigue en el Parlamento de La Haya, así como en su periódico «El derecho para todos», una viva agitación internacional, antimilitarista y antiparlamentaria; este

pastor luterano enseña que los sindicatos deben organizar ellos mismos su emancipación, por la violencia si ello es necesario.

En los otros países, si bien el anarquismo es a menudo profesado por notables personalidades, no constituye más que agrupaciones insignificantes. En Francia, tras su ruptura con los guesdistas en 1880, los anarquistas forman una cincuentena de grupos aislados, a los cuales una prensa a menudo bien redactada («Le Révolte», de J. Grave, «Le Père Peinard», de Pouget) sirve de agente de enlace y de coordinación. La crisis económica de los años ochenta incita a estos anarquistas a actos de violencia o de acción individual pero sin alcance real.

Entre el 14 y el 21 de julio de 1889, se celebran dos congresos simultáneos en París, con ocasión del centenario de la Toma de la Bastilla. El primero, suscitado por los posibilistas franceses y los trade-unionistas británicos, el segundo por los guesdistas. A los socialdemócratas alemanes no les fue posible allanar la diferencia inicial. Los posibilistas se reúnen en un local de la calle Lancry, los guesdistas en la sala de la calle Pétrele. A pesar de que el número de participantes al primero de estos congresos es superior, es del segundo de donde surgirá la Segunda Internacional. En éste, además de Guesde y los dos yernos de Marx, Longuet y Lafargue, están presentes el blanquista Vaillant y el anarquista S. Faure, los alemanes Liebknecht y Bernstein, el belga César de Paepe, los británicos Keir Hardie y W. Morris, los italianos A. Costa y Saverio Merlino, el austriaco V. Adler y el español P. Iglesias. A decir verdad, en el curso de este primer Congreso no se planteó en absoluto la cuestión de dar al nuevo movimiento internacional obrero una organización rígida, lo que por otra parte Engels desaprobaría; hasta mucho más tarde no se establece un inicio de organización. Federación de partidos, de sindicatos y de grupos nacionales autónomos, rehúsa darse una estructura centralizada y prevé solamente la celebración trianual de congresos que se denominarán «Futuros Parlamentos del Proletariado». Por contra, desde el Congreso de París, surgen polémicas que prosiguen en el transcurso de los congresos siguientes sobre la necesidad de una legislación social, sobre la conquista del sufragio universal, sobre el paro del 1.º de Mayo. El problema esencial que se le plantea inmediatamente a la Segunda Internacional es saber si el mundo obrero debe poner el acento sobre la emancipación económica de los trabajadores o sobre la conquista del poder

127

político. Es éste el problema que durante casi diez años opone los anarquistas a los marxistas.

2. LAS PRIMERAS DIFICULTADES DE LA INTERNACIONAL

En los primeros congresos a los que fueron invitados todas las organizaciones políticas o sindicales, los anarquistas eran muy numerosos; éstos, al negar a los obreros toda participación en la vida política, crearon inmediatamente graves dificultades. Ni el Congreso de París en 1889, durante el cual los anarquistas fueron expulsados tras violentos altercados, ni el de Bruselas en 1891 fueron capaces de resolver la cuestión. Por contra, el Congreso de Zurich (1893) tomó la decisión de prohibir de allí en adelante la participación en los congresos a los delegados que no reconocieran la necesidad de la organización obrera y de la acción política, es decir, el empleo del aparato legislativo: combatida por el anarquista alemán G. Landauer, esta decisión fue aprobada por una fuerte mayoría; pero no pudo impedir que los elementos anarquistas acudieron, en 1896, al Congreso de Londres. En éste la situación era tanto más delicada por cuanto, además de que los anarquistas franceses se habían comprometido por el empleo de la violencia y los atentados terroristas cometidos entre 1892 y 1894, se había desarrollado en el mundo obrero una corriente anarcosindicalista que prevalecía en particular en el seno de la Federación de las Bolsas del Trabajo. En el Congreso de Londres, en el curso de debates tumultuosos, se opusieron tres tendencias: la de los anarquistas —Malatesta, Nieuwenhuis, la *communaire* Luisa Michel— y anarcosindicalistas, quienes, con el francés J. Tortelier, abogaron por la causa del antiparlamentarismo y la huelga general; y la de los partidarios de la tolerancia respecto a todas las opiniones, sostenida por el británico Keir Hardie; la de la expulsión de los anarquistas, defendida por los socialdemócratas alemanes, y en particular por Bebel, para quien únicamente el régimen parlamentario permitiría un día a la clase obrera acceder al poder. En la votación, 17 naciones se pronunciaron por la exclusión, 2 solamente en contra, a saber, Francia y Holanda. Aunque por débil mayoría, esta votación puso fin prácticamente a la acción de los anarquistas en el seno de la Internacional.

Al problema que plantea la participación obrera en la vida política iba ligada la cuestión del paro el 1.º de Mayo. La idea de no trabajar durante la jornada del

1.º de Mayo, con vistas a conquistar la jornada de ocho horas, suscitada desde 1884 en numerosos congresos norteamericanos, fue desarrollada en 1889 ante el Congreso de París por un sindicalista francés, R. Lavigne. Se decidió que cada país organizaría, el 1.º de Mayo siguiente, manifestaciones compatibles con la legislación existente. El 1.º de Mayo de 1890 dio lugar en muchas capitales a manifestaciones impresionantes, en particular en París y Viena, a pesar de un increíble despliegue de fuerzas de policía y las sanciones verificadas contra los huelguistas. El año siguiente, las manifestaciones volvieron a tener lugar, siendo objeto en Fourmies, en el norte de Francia, de un verdadero *masacre*. Hubo, sin embargo, un país que rehusó sumarse al movimiento del 1.º de Mayo, Alemania, en donde los socialdemócratas arguyeron que seguían amenazados por la reacción y que no podían permitirse provocaciones que podían costarles la institución del sufragio universal. Y si bien el Congreso de Zurich hizo el paro de 1.º de Mayo una obligación para la clase obrera, los alemanes no modificaron su actitud. Anteponian ya la acción política.

3. LA INTERNACIONAL ANTE LOS PROBLEMAS POLÍTICOS INTERNACIONALES

A partir de 1900 los congresos de la Internacional cobraron una amplitud mucho mayor de la que venían teniendo hasta entonces. Apoyados hasta fines del siglo en una especie de mesianismo ingenuo, en la convicción de que los días del capitalismo estaban contados, que la crisis del sistema era inminente, los primeros congresos sólo se preocuparon de preparar la clase obrera con vistas al último asalto. Y también a partir de 1900, los miembros de la Internacional son conscientes de que la revolución esperada no se ha producido y que acaso no está cerca de producirse, que se hallan en presencia de un período de crecimiento del capitalismo, de subida de precios y de evolución técnica acelerada; por otra parte, representan a partidos nacionales influyentes y a veces poderosos que participan en los trabajos de las asambleas legislativas. «El socialismo ha atravesado su período romántico para entrar definitivamente en su fase experimental»: esta constatación de un publicista en 1902 revela bien el cambio que se ha producido. Los problemas abordados serán en lo sucesivo los que plantea la situación del

socialismo en el mundo. ¿Cuál será su papel en el Estado parlamentario? ¿Cómo reaccionará ante la división del mundo y a las amenazas de conflictos internacionales? ¿A qué medios recurrirá para proteger la paz? Es el propio Lenin quien constatará en 1907 que los congresos de la Internacional se han convertido en «asambleas de trabajo que ejercen un influjo profundo en el carácter y orientación de la actividad socialista en el mundo entero».

La Internacional y el revisionismo

Apenas hubo quedado resuelta la cuestión anarquista, a la Internacional se le planteaba la de la colaboración con los partidos burgueses, reclamada por los medios revisionistas. La entrada de A. Millerand en el gabinete Waldeck-Rousseau, la condena de la doctrina de Bernstein por el Congreso de la Socialdemocracia Alemana de Hannover (1899), la división que se manifiesta en el seno del Partido Socialista italiano, fundado en 1892 entre revolucionarios y gradualistas; y la obligación en que se halla su líder, F. Turati, de hacer votar en el Congreso de Roma en 1900 dos programas, el uno mínimo y el otro máximo, son otras tantas crisis que obligarán a los miembros de la Internacional con ocasión de su Congreso de París (1900) a incluir en el orden del día la cuestión del revisionismo. La ofensiva contra los partidarios del «ministerialismo» fue conducida por J. Guesde, así como por el criminalista italiano E. Ferri, adversario del reformista F. Turati, en nombre del marxismo ortodoxo; pero ambos tropezaron con la oposición del alemán Kautsky y el belga Vandervelde los cuales, preocupados por no agravar el conflicto que se había manifestado en el seno de los socialistas franceses, hicieron aprobar, por 28 votos a favor y 9 en contra, una moción más matizada y sutil —se la ha llamado la «moción caucho»— que, aun admitiendo la condena del revisionismo y del participacionismo, aceptaba que la entrada de un socialista en un Gobierno burgués podía ser considerada como un expediente «forzado, transitorio y excepcional». Se rememoraba que «en un Estado democrático moderno, la conquista por el proletariado del poder político no podía ser el resultado de un golpe de mano, sino antes bien de un «largo y penoso trabajo de organización del proletariado en el terreno económico y político». Ahora bien, era evidente que esta moción oportunista no podía ser considerada como una solución valerosa de este importante problema.

Por lo tanto, la discusión se reanudó con ocasión del Con-

greso de Amsterdam (agosto de 1904). Con la fórmula adoptada por el Congreso de la Socialdemocracia Alemana en Dresde (1903) respecto a Bernstein, los guesdistas trataron de obtener en Amsterdam una condena formal del revisionismo, válida para todos los países europeos. El punto culminante del debate fue el duelo Jaurés-Bebel. El primero, estimando que una «vinculación exclusiva a la lucha de clases no podía conducir más que a la esterilidad política» y que podía obtenerse mucho por la vía parlamentaria, preocupado por salvaguardar la posibilidad de un apoyo al gabinete Combes que él preconizaba en su periódico «L'Humanité», atacó vivamente los métodos guesdistas, y, de rechazo, a la socialdemocracia alemana que disimulaba su inacción bajo la intransigencia de fórmulas teóricas: «En este momento —declaró—, lo que pesa sobre Europa y sobre el mundo es la impotencia política de la socialdemocracia alemana.» Ésta, según él, no tenía tradiciones revolucionarias, y por otra parte el sistema constitucional alemán jamás le permitiría representar en el Parlamento un papel decisivo. A lo cual Bebel respondió que la República francesa era un Estado de clases como lo era el Imperio alemán, y que bien miradas las cosas, la socialdemocracia era a la sazón el único Partido en Europa que podía esperar un día conquistar el poder por la vía legal; importaba, pues, a los socialistas alemanes el no comprometer por violencias inoportunas un resultado que se podía obtener por la constante progresión del número de diputados en el Reichstag. Este conflicto terminó con la victoria de los alemanes; y la resolución fue aprobada por 25 votos a favor, 5 en contra y 12 abstenciones: «El Congreso condena enérgicamente las tendencias revisionistas encaminadas a cambiar nuestra táctica victoriosa basada en la lucha de clases.»

De hecho, la derrota del revisionismo en el seno de la Internacional era más aparente que real. Preocupado por restablecer la unidad en el seno de los partidos socialistas divididos, el Congreso de Amsterdam insistió en que se realizara la reconciliación entre Guesde y Jaurés; unos meses después logró que se constituyera la Sección Francesa de la Internacional Obrera, la cual concilió en su seno la tendencia guesdistista y el reformismo jaurésiano. Y así como en la socialdemocracia alemana las concepciones de Bernstein, pese a la condena de que han sido objeto, iban cobrando terreno de día en día, así también el Partido Socialista francés se fue dejando «contaminar» por el espíritu de la democracia representativa y parlamentaria. Igual cabe decir del socia-

129

lismo italiano, en el que Giolitti, en el transcurso de su dilatada carrera política, aplica la habitual técnica del *transformismo* y al que insta a intervenir lo más posible en la vida política como partido legal, ofreciendo incluso en 1903 una cartera a Turati, y en 1911 a Bonomi, manejando a maravilla el grupo parlamentario, sin por ello ganar la confianza de las masas y sin tratar de resolver el grave problema del *Mezzogiorno*. Al luchar, a menudo al lado de la izquierda burguesa, para obtener reformas concretas e inmediatas, los socialistas se integran por todas partes en el sistema, llegando a un último plano el programa revolucionario de una conquista del poder por la fuerza, que cada vez les parece más problemática.

Igualmente fragmentarias y pesadas son las soluciones de compromiso que la Internacional aporta a los conflictos coloniales e internacionales que sus congresos están llamados a evocar.

La internacional y la cuestión colonial

Pese a que la igualdad de razas fue en todos los tiempos una de las principales afirmaciones del socialismo internacional, y que éste tomara posición, medio siglo antes, por los Nordistas en su lucha contra el esclavismo, la Segunda Internacional manifestó cierta reticencia y mucha impericia en la manera que abordó la cuestión colonial. Preocupada por la guerra de los boers, sobre la cual por otra parte los socialistas británicos se hallaban divididos —Keir Hardie había tomado posición contra el Gobierno, los fabianos y Blatchford en favor del mismo—, sorprendida por las declaraciones de Bernstein y de los redactores colonialistas de las *Sozialistische Monatshefte* a propósito de Kiao Tcheu y de la penetración de las potencias en China, la Internacional incluyó por primera vez estas cuestiones en el programa de su Congreso de París, en 1900. En él intervino el especialista neerlandés Henri van Kol, ingeniero, que había pasado buena parte de su vida en Java y estimaba que correspondía a Europa, revisión de sus métodos coloniales, acelerar el progreso material de los países coloniales. A esta tesis la mayoría se limitó a oponer una especie de anticolonialismo ético, en el que prevalecía la idea de la lucha contra el racismo y la opresión. Los debates fueron más numerosos en el Congreso de Amsterdam, en 1904, en el que Hyndman pronunció una requisitoria contra la administración británica de la India —«Nosotros fabricamos deliberadamente el ham-

bre para nutrir la avidez de las clases prósperas en Gran Bretaña»—, pero no llegaron a un resultado más preciso.

En este terreno los acontecimientos más notables fueron el desarrollo, en Francia, de una campaña anticolonialista en torno a los sucesos del África negra (libro de P. Louis sobre el colonialismo, artículos de P. Rouannet en «L'Humanité» sobre el Congo), y sobre todo los debates que tuvieron lugar en el seno del Partido Obrero Belga, cuando Leopoldo II hizo saber que estaba decidido a donar a Bélgica su dominio privado del Congo: de entre los líderes del Partido Obrero Belga, unos, como E. Anseele, se pronunciaron por su internacionalización; otros, como E. Vandervelde, por la aceptación de la donación bajo control parlamentario efectivo; y la mayoría, dirigida por L. de Brouckère, por el abandono puro y simple: «ni un hombre ni un centímetro ni un voto para las colonias», declaró «Le Peuple» en 1907. En el Congreso de Stuttgart, en cuyo orden del día figuraban estos problemas, se manifestaron las tesis más opuestas: la del revisionista alemán E. David, que acogía la idea colonizadora como un elemento integrante del objetivo universal de civilización perseguido por el socialismo —«Sin colonias —decía— seríamos semejantes, desde el punto de vista económico, a China»—; la de los amigos de Van Kol, que deseaban, sin negar el hecho de la colonización, elaborar un programa que condujera los pueblos inferiores a la independencia; y la de L. Brouckère y Kautsky, quienes definían el colonialismo como la forma degradada del capitalismo en período imperialista. Finalmente, el Congreso aprobó, pero tan sólo por 127 votos a favor y 108 en contra, el orden del día de Kautsky, que señalaba a los partidos socialistas el deber de combatir bajo todas sus formas la explotación colonial. Estas deliberaciones y estos votos revelaban que la Internacional no tenía más que una comprensión parcial del fenómeno colonial y del papel que podía desempeñar en la estrategia revolucionaria venidera. Este aspecto del problema lo verá, pero al margen de la Internacional, Lenin y el grupo de los «tribunales» neerlandeses en torno a Pannekoek.

La impotencia en que se hallaban los socialistas de plantear de una manera clara la cuestión nacional aparece particularmente con ocasión de la guerra de Tripolitania en 1911. La hostilidad del Partido Socialista italiano se expresó de forma ideológica y sentimental, pero no se basaba en absoluto en un análisis riguroso del colonialismo. Contra Turati, adversario de la idea colonial y que declaraba a d'Annunzio, a propósito

del ahorcamiento de soldados árabes: «Una cosa nos separa irremediablemente de ustedes: ¡El ascot!», contra G. Salvemini, quien estimaba la expedición de Italia contraria a los intereses italianos, se agrupaba cierto número de reformistas, como L. Bissolati y L. Bonomi, los cuales no querían poner en tela de juicio, por una oposición sistemática, la reciente adquisición del sufragio universal, así como ciertos sindicalistas, como Arturo Labriola. El Congreso de Reggio de Emilia en 1912 decidió la expulsión de estos «colonialistas» a propuesta de B. Mussolini, director a la sazón del órgano socialista «Avanti!».

La Internacional y la guerra

Para la Internacional el problema de la guerra fue con mucho el más espinoso, sobre todo si se tiene en cuenta que hasta 1904, por no haber verdadera amenaza de conflicto, venía siendo tratado de una manera harto académica. Y en buena parte, para estar en situación de hacer frente a los problemas de política internacional, la Segunda Internacional se dio un andamiaje administrativo: un Buró Socialista Internacional (B.S.I.) con tres delegados por Estado; un Comité Ejecutivo constituido por la delegación belga (Vandervelde, Anseele, L. Bertrand), y un Secretariado que, dirigido por el belga C. Huysmans, asumía una tarea considerable y reunión anualmente a los principales representantes de los partidos nacionales.

La más importante personalidad de la Internacional en aquellos años fue el líder del Partido Obrero Belga (P.O.B.), Emile Vandervelde. Este Partido, fundado en 1885, debía su notable eficacia, de la que dio pruebas al conquistar mediante la práctica de la huelga el sufragio universal en 1893, a algunas personalidades de primera fila, como César de Paeppe, el cual había insistido sobre la importancia de la organización comunal, L. Bertrand, E. Anseele y L. de Brouckère, quienes habían fundado una serie de cooperativas, de mutualidades y de casas del pueblo (Vooruit en Gante, Casa del Pueblo en Bruselas), creando en el seno del movimiento obrero una poderosa ola de solidaridad y una auténtica vinculación a la ideología socialista. Influenciado por el medio obrero en el cual había vivido, Vandervelde, que seguía criticando al marxismo y cuyo pensamiento era más afín de Bernstein y Jaurés, negó que las clases medias tuviesen que ser

que nuestro internacionalismo no sea más que una engaño para el proletariado.» Tras estos penosos debates, se pusieron de acuerdo sobre un texto de compromiso, que no encaraba ni la huelga general ni una llamada a la deserción, sino que, bajo una forma general, invitaba a todos los países, en caso de guerra, a la acción para hacerla cesar prontamente y a «utilizar con todas sus fuerzas la crisis económica y política creada por la guerra para agitar y sublevar a las capas populares más profundas y precipitar la caída de la dominación capitalista». En un discurso que pronunció poco tiempo después en París, Jaurés trató de dar una significación precisa al término de agresor, al designar con este nombre a quien rehusara el arbitraje internacional.

El Congreso de Stuttgart terminó sin que se previeran las respuestas del proletariado al estado de guerra. El problema volvió a replantearse con ocasión del Congreso de Copenhague (1910), pero una vez más la solución propuesta por Keir Hardie y Vaillant —huelga general en las industrias de armamento, las minas y los transportes— tropezó con la oposición de los delegados alemanes, sostenida por el italiano Morgari; combatida por los violentos ataques de Hyndman contra la política alemana, fue rechazada por una fuerte mayoría. Con todo, el Congreso decidió confiar el examen del asunto al B.S.I., el cual lo remitió al Congreso de Viena previsto para 1913.

Este Congreso no tuvo lugar. Sin embargo, ante la agravación de la situación internacional debida a la guerra italo-turca y después a las guerras balcánicas, el B.S.I., reunido en Bruselas en noviembre de 1912, juzgó necesario convocar un Congreso extraordinario que se celebró en Basilea en el curso del mes siguiente y que puso de relieve la pujanza de acción del proletariado en favor de la paz. Este Congreso dio lugar a una inmensa manifestación que se desplegó a través de toda la ciudad; y Jaurés pronunció en la catedral, puesta por el clero protestante a disposición de la Internacional, un discurso que produjo en miles de auditores una profunda impresión: «Llamo a los vivientes —dijo, inspirándose en *La canción de la campana*, de Schiller— a que se defiendan contra el monstruo que aparece en el horizonte; lloro a los innumerables muertos que yacen allá, hacia el Oriente, cuyo hedor llega hasta nosotros como un remordimiento; yo rompería los rayos de la guerra que amenazan en las nubes. Sí, he oído esta palabra de esperanza. Pero esto no basta para impedir la guerra. Se necesita toda la acción conjunta del proletariado mundial.»

eliminadas por el gran capitalismo y contaba con las mejoras otorgadas por la legislación social.

Tras el Congreso de Amsterdam, que se desarrolló bajo el signo de la guerra ruso-japonesa, se celebró el de Stuttgart (1907) en el que tuvieron lugar los debates más apasionados. Desde hacía algunos años se venía discutiendo vivamente, en particular en Francia y Alemania, sobre las condiciones de una propaganda antimilitarista y sobre los medios de impedir la guerra; los socialistas veían en ella únicamente un fenómeno derivado del capitalismo, pero estaban divididos acerca de los métodos de combate. Ya en el Congreso de Amsterdam se puso de manifiesto entre los alemanes y los franceses un antagonismo a propósito del problema de la huelga general política; mientras que Jaurés, que deseaba conservar las relaciones con los medios sindicalistas, defendía dicha huelga con talento, los alemanes argüían una vez más que ella amenazaba con comprometer durante años un precioso trabajo de organización; y la cosa no pasó de una moción, propuesta por la delegada holandesa H. Roland Holst, la cual distinguía entre la huelga general, rechazada, y la huelga de masas, que en ciertos casos extremos podía ser utilizada. En Stuttgart, el problema de la huelga general, al que los acontecimientos de la revolución rusa de 1905 dieron una nueva actualidad, fue encarado bajo el signo de la lucha contra la guerra. Fueron presentadas en efecto tres mociones, una virulenta, del antimilitarista Hervé, otra más matizada, de Vaillant y Jaurés, pero que preconizaba igualmente, en caso de guerra, el recurso a la huelga general y a la insurrección armada; y la tercera provenía de la delegación alemana, que, aun cuando insistía en la necesidad de oponerse a los armamentos, evitaba enumerar los medios prácticos de lucha contra la guerra. Bebel trató de demostrar, por un lado, que el Gobierno alemán no deseaba la guerra y, por el otro, que toda llamada a la deserción acarrearía por parte del Gobierno una represión que desembocaría en el aniquilamiento del Partido: «correspondía —decía— a cada país el conservar su total libertad para hacer, en caso de guerra, lo que le pareciera más eficaz». La llamada a la deserción, añadía, era por otra parte completamente imposible en Alemania. El antimilitarismo de Hervé era tan contrario al espíritu de la Internacional como antaño el anarquismo de Domela Nieuwenhuis. Estas opiniones, agravadas por las de V. Vollmar, provocaron por parte de los delegados franceses vivas réplicas: «Si la socialdemocracia no tiene otra cosa que ofrecernos más que a Bebel, me temo —declaró Hervé—

131

El trabajo del Congreso había sido preparado por un notable informe del B.S.I., redactado por el austríaco Adler, el francés Jaurés y el británico Keir Hardie: preveía la constitución de una federación balcánica que no excluiría a ningún pueblo, ni siquiera a los turcos y los albaneses; invitaba a los proletariados de la Doble Monarquía a oponerse a una guerra de subyugación de Servia, a los socialistas rusos a combatir la doctrina paneslava, a los proletarios de todos los países a presionar a sus gobiernos para que se mantengan al margen de los conflictos balcánicos. «El proletariado —concluye este manifiesto— es consciente de ser en este momento el portador del futuro de la humanidad.» Pero, a pesar de las iniciativas de Keir Hardie y de Vaillant, no se tomó decisión alguna susceptible de preparar un levantamiento de las fuerzas obreras de la Internacional en caso de amenaza de guerra.

De hecho, hay en los últimos años que preceden a la guerra un malestar en el seno de la Internacional, debido a la inquietud en que ésta se halla respecto a la socialdemocracia alemana. ¿Cuál será la actitud de ésta en caso de guerra? Uno de los mejores especialistas de las cuestiones alemanas, el socialista Ch. Andler, pretende que la socialdemocracia no se separará de la dinastía de los Hohenzollern y que votará los créditos militares; Jaurés ¿está seguro de tener razón? En sus conversaciones privadas, admite que el socialismo internacional no está lo suficientemente armado como para hacer frente a sus obligaciones en caso de guerra. Y es precisamente este temor el que justificará los acontecimientos de julio y agosto de 1914. Lo cual no significa, sin embargo, que los miembros de la Internacional creían inevitable la guerra: según el informe del delegado holandés Viëgen, en el Congreso de Viena de 1914, la imbricación de los intereses del capitalismo moderno constituía una de las barreras más sólidas contra la guerra.

La Internacional en 1914

Pese a que la Internacional hizo triunfar constantemente, en el curso de los últimos congresos, su voluntad de unión, y que veló por hacer respetar la coexistencia de las diversas tendencias, discernimos en su seno, así como en los partidos socialistas europeos, cierta tendencia a la disociación, que conduce al B.S.I., sobre todo desde 1905, a multiplicar sus buenos oficios entre las tendencias rivales. En todos los grandes problemas que debe abordar, el socialismo inter-

nacional se ve dividido entre una derecha revisionista y reformista, a la que la dirección de los partidos, incluso si se precian de ortodoxos y marxistas, hace concesiones cada vez más amplias, y una izquierda, por otra parte heterogénea, pero que proclama su fidelidad a la tradición revolucionaria. El B.S.I. trata de impedir el estallido de los partidos nacionales y preconiza la unificación, a los socialistas británicos en 1913, a los partidos revolucionarios rusos en 1914.

Mucho más grave es en efecto para el socialismo internacional la contaminación de los partidos europeos por el nacionalismo. Que este nacionalismo penetrara fácilmente allí donde se planteaba la cuestión de las nacionalidades como en Austria-Hungría, tal es lo que muestran los debates en el Congreso de la Internacional en Copenhague en 1910. Pero hizo igualmente su aparición en los otros países, ya bajo el signo del revisionismo, que da un asenso a veces entusiasta al imperialismo como tal fue el caso de Alemania, ya, como en Francia o en Italia, a través de ciertas formas del sindicalismo antiparlamentario. En Francia, G. Sorel y su discípulo G. Berth se separan hacia 1907 del sindicalismo revolucionario para aproximarse a la extrema derecha, a la que se asocian en sus diatribas contra los políticos corrompidos y los tribunos humanitarios: en las revistas «La Cité française» y «L'Indépendance», se halla definido un socialismo nacional, que se sitúa bajo el signo de Proudhon, pero que desemboca de hecho en el antisemitismo y la reacción. La influencia de Sorel es patente en numerosos sindicalistas y socialistas italianos quienes, sobre todo después de la guerra de Tripolitania, abandonan sus ideales pacifistas para invocar la teoría de la «nación proletaria», según la cual el nacionalismo es la sola esperanza de emancipación en el seno de un mundo capitalista que le oprime; en este sentido van los acentos de Corradini y d'Annunzio en la revista «La Lupa», dirigida por P. Orano, en la que colabora Arturo Labriola. Uno de los más notables representantes de esta tendencia fue el sociólogo R. Michels, colaborador de las grandes revistas socialistas de su tiempo y que, tras una crítica particularmente penetrante de la socialdemocracia, se convirtió en el campeón del nacionalismo contra la democracia y el pacifismo.

DOCUMENTOS

26. EN EL CONGRESO DE AMSTERDAM (1904) JAURÉS ATACA A LA SOCIALDEMOCRACIA ALEMANA

Al tomar posición en el Congreso de la Internacional en Amsterdam, en agosto de 1904, contra la condena del revisionismo por el Congreso de la Socialdemocracia en Dresde, Jaurés hace el proceso de los socialistas alemanes:

Cuando los socialistas alemanes aportan ante el Congreso internacional su moción de Dresde, cuando quieren transformar las normas de táctica acaso provisionales que han adoptado para su propio país en una regla de táctica internacional, ceden a una funesta ilusión: se imaginan que la concepción política y socialista de Alemania, con la cual tienen que habérsela, puede servir de medida uniforme, de regla inflexible, de nivel imperativo a la acción del socialismo de todos los países... Yo digo que sin ellos darse cuenta, al universalizar, al internacionalizar su moción de Dresde, comunican al socialismo el espíritu de incertidumbre, de vacilación, del que están impregnados en la hora actual. En este momento, lo que pesa sobre Europa y sobre el mundo, sobre las garantías de la paz, sobre las garantías de las libertades públicas, sobre el progreso del socialismo y del proletariado... es la impotencia política de la democracia socialista alemana.

Cierto, sois un gran y admirable Partido, que ha dado al socialismo internacional, no todos sus pensadores, como suele decirse a veces, sino algunos de los más vigorosos y precisos pensadores, que ha dado al socialismo internacional el ejemplo de una acción tenaz, metódica, de una organización gradual y poderosa, que no retrocede ante ningún sacrificio ni se deja quebrantar por ningún asalto. Sois un gran Partido, sois el futuro de Alemania, una de las partes más nobles y más gloriosas de la humanidad civilizada y pensante.

Pero entre vuestra aparente pujanza política, tal como viene midiéndose de año en año por el incremento de vuestros sufragios y vuestros escaños, entre esta fuerza aparente y la fuerza real de influencia y de acción, hay un contraste que más aparece cuanto más aumenta vuestra fuerza electoral. Tras las elec-

nes de junio que os han dado tres millones de sufragios, ha saltado a la vista de todos que tenéis una admirable fuerza de propaganda, de reclutamiento, pero que ni las tradiciones de vuestro proletariado ni el mecanismo de vuestra constitución os permiten emplear con utilidad y realismo en la acción esta fuerza en apariencia colosal de tres millones de sufragios. Y ello porque las dos partes esenciales, los dos medios de acción esenciales del proletariado se os siguen escapando: no tenéis ni la acción revolucionaria ni la acción parlamentaria...

Ha habido abnegaciones admirables en el proletariado alemán, mas éste no posee, históricamente, tradición revolucionaria. No es él quien ha conquistado en las barricadas el sufragio universal. Lo ha recibido de arriba, y si no se puede pensar en arrancarlo a los que lo han conquistado ellos mismos, porque les sería fácil reconquistarlo, sí se puede, por el contrario, pensar en retirar de arriba lo que se había dado de abajo...

Aunque fueseis la mayoría en el Reichstag, sois el único país en el que vosotros no seríais el dueño, pese a que éste tuviera la mayoría. Porque vuestro Parlamento no es más que un semiparlamento, cuando no tiene en las manos la fuerza ejecutiva, la fuerza gubernamental, cuando sus decisiones no son más que promesas arbitrariamente incumplidas por las autoridades del Imperio.

A lo cual Bebel respondió haciendo el proceso de la democracia francesa:

Por más que os envidiamos vuestra República, y que la desearíamos para nosotros, no nos haríamos empero romper la cabeza por ella: ella no vale la pena de tal cosa. Monarquía burguesa, república burguesa, tanto la una como la otra son Estados de clase; ambas, por su naturaleza, están necesariamente hechas para el mantenimiento del orden social capitalista. Las dos deben trabajar con todas sus fuerzas a fin de que la burguesía conserve toda la pujanza en la legislación... La Monarquía no es tan mala y la República no es tan buena como vosotros las presentáis. En nuestra Alemania de militarismo, de aristócratas, de burguesía, tenemos incluso instituciones que, para vuestra República burguesa, siguen siendo un ideal. Contemplad la

legislación del impuesto en Prusia y otros Estados federados, y comparada con la de Francia. No conozo país en Europa que tenga un sistema de impuestos tan ruin, tan reaccionario y tan explotador como el de Francia. Frente a este sistema de *succión*, con un presupuesto de tres mil millones y medio de francos, nosotros tenemos al menos el impuesto progresivo sobre el ingreso y la fortuna.

Y cuando se trata de llevar a cabo las reivindicaciones de la clase obrera, la propia República burguesa despliega todas sus fuerzas contra los trabajadores...

Según el *Sexto Congreso internacional celebrado en Amsterdam del 14 al 20 de agosto de 1904*, Bruselas, 1904, págs. 76-78.

27. RESOLUCIÓN DEL CONGRESO DE STUTTGART (1907) SOBRE EL PROBLEMA DE LA GUERRA

La Internacional no puede encerrar de antemano, en fórmulas rígidas, la acción necesariamente diversa, según los tiempos y los medios, de los diversos partidos nacionales, sino que tiene el deber de intentar y coordinar lo más posible los esfuerzos de la clase obrera contra el militarismo y la guerra.

De hecho, desde el Congreso internacional de Bruselas, el proletariado, si bien prosiguiendo su lucha incansante contra el militarismo por el repudio de los gastos militares y navales, por el esfuerzo de democratización del ejército, puede recurrir con un vigor y una eficacia crecientes a los medios más variados para prevenir las guerras o para ponerles un término, o para poner al servicio de la liberación de la clase obrera el quebranto que la guerra causa en todos los estamentos sociales; así, especialmente, la unidad de acción de las *trade-unions* británicas y los sindicatos obreros franceses tras la crisis de Fachoda para asegurar la paz y restablecer las buenas relaciones entre Francia y Gran Bretaña; las manifestaciones populares organizadas a este efecto por los socialistas de Francia y los de Alemania; la acción conjunta de socialistas austriacos y socialistas italianos reunidos en Trieste para prevenir un conflicto entre los dos Estados; la vigorosa intervención de la clase obrera de Suecia para impedir un ataque contra Noruega; y los heroicos sacrificios

y combates de masa de socialistas, obreros y campesinos de Rusia y de Polonia para impedir la guerra desencadenada por el zarismo, para ponerle un término y para hacer surgir de la crisis la libertad de los pueblos de Rusia: todos estos esfuerzos, pues, atestiguan la pujanza creciente de la clase obrera y su constante preocupación por mantener la paz mediante enérgicas intervenciones...

Además, el Congreso tiene la convicción de que, bajo la presión del proletariado, prevalecerá la práctica del arbitraje obligatorio, para todos los litigios, sobre las lamentables tentativas de los gobiernos burgueses, y de esta forma podrá ser asegurado a los pueblos el beneficio del desarmamento general que permitirá aplicar a los progresos de la civilización los inmensos recursos de energía y de dinero devorados por los armamentos y las guerras.

El Congreso declara:

Ante una guerra inminente, es deber de la clase obrera en los países involucrados, así como de sus representantes en el Parlamento con la ayuda del Buró internacional, fuerza de acción y de coordinación, hacer todos los esfuerzos para impedir la guerra con todos los medios que les parezcan más apropiados y que varían naturalmente según la situación de la lucha de clases y la situación política general.

No obstante, en el caso de que la guerra estallara, tienen el deber de intervenir para hacerla cesar prontamente y utilizar con todas sus fuerzas la crisis económica y política creada por la guerra para agitar las capas más profundas y precipitar la caída de la dominación capitalista.

Según el *Recenso analítico del VII Congreso Socialista Internacional*, celebrado en Stuttgart del 16 al 24 de agosto de 1919. Bruselas, 1908.

28. CONTROVERSIAS ANDLER-JAURÉS SOBRE LA SOCIALDEMOCRACIA ALEMANA

1. *Charles Andler acusa, en 1913, a la socialdemocracia alemana de tendencias imperialistas:*

En resumen: para el socialismo alemán neolassallia-

no, las clases obreras son solidarias del capitalismo; son solidarias de la política colonial; son solidarias de una política armamentista, defensiva en principio, ofensiva si es necesario; y si el Imperio alemán se viera arrastrado a una guerra ofensiva o defensiva, los obreros alemanes no podrían desear su derrota. Son, pues, solidarios de la constitución política vigente en su país y, literalmente, interesados en el mantenimiento de la dinastía reinante. Este socialismo es nuevo por su ausencia de escrúpulos. Conserva una preocupación vigilante por los intereses obreros inmediatos; pero no tiene vergüenza en desviar sus principios. Sin duda, estos principios no han sido jamás considerados como verdades intangibles. Eran directivas generales propias a guiar las clases obreras en su táctica cotidiana, y, con sacrificios momentáneos, destinadas a asegurar el contacto de todos los proletarios del mundo y a mantener la fuerza del entusiasmo revolucionario...

Sabremos para lo sucesivo que hay un socialismo presto a votar los créditos (militares), resuelto a no hostigar a la diplomacia alemana y dispuesto a subrayar la solidaridad con la dinastía. Es el único socialismo que puede acceder al poder; por lo tanto es él quien seducirá el espíritu de las masas.

Según CH. ANDLER, *Le Socialisme imperialiste de l'Allemagne contemporaine. Dossier d'une polémique avec Jean Jaurès 1912-1913*, París, Bossard, 1918; pág. 124.

2. Opinión de Jaurès sobre la socialdemocracia alemana.

Sí, los socialistas alemanes son una admirable fuerza de civilización y de paz. Sí, a pesar de la exigüidad del régimen parlamentario alemán, a pesar de todo cuanto subsiste en Alemania de absolutismo y de feudalismo, no hay allí poder, por muy embriagado que esté su derecho divino, que pueda considerarse como menospreciable la voluntad conocida, manifestada, de cuatro millones de hombres agrupados en el Partido Socialista y luchando por la democracia y por la paz. Con todo, es difícil lanzar la orden de guerra cuando se sabe que la conciencia de las masas forma un bloque contra toda empresa de violencia.

Según G. HAUPT, *Le Congrès manqué. L'Internationale à la veille de la première guerre mondiale*. Études et documents, Maspero, 1965, pág. 59.

3. Opinión de Lucien Herr, quien, en una carta a Andler, el 1.º de agosto de 1913, se esfuerza por llevar la polémica a sus justas proporciones:

Lamento la continuación de las polémicas, que esperaba terminadas o apagadas, o demoradas por lo menos hasta el día en que las cuestiones pudiesen ser reanudadas por la base, no en un espíritu de batalla, de ataque o de defensa, sino con toda la objetividad necesaria.

«No ignoro cuáles son los defectos intelectuales y morales del Partido Socialista alemán, pero si algún día hiciera yo la crítica de los mismos, sería ciertamente con la preocupación de no desacreditarle ni perjudicar su crecimiento y su acción. Un partido se compone de hombres; la mayoría de los hombres es mediocre: se afilia a un partido por motivos egoístas, mezquinos, a menudo bajos y ruines, y aporta a este Partido, al mismo tiempo que el aumento de fuerza de su adhesión, el aumento de su propia mediocridad intelectual y moral —y no se transformará de la noche a la mañana por su mera adhesión... Un gran partido popular se compone de seres rudimentarios, en general impulsivos y apasionados, y no de hombres de doctrina y de pensamiento —y no sufre el ascendente intelectual de hombres que tienen la inteligencia y la cultura necesarias para hacer obra de doctrina y de dirección—. Los compromisos no son tan sólo una necesidad ante la cual haya que inclinarse protestando al tiempo con malhumor o con indignación; son la verdad misma de la vida real, así como la condición y el instrumento mismo de la verdadera elevación y del progreso...»

Según CH. ANDLER, *Vie de Lucien Herr*, París, Rieder, 1932; pág. 210.

135

LECTURAS COMPLEMENTARIAS

- Una excelente introducción bibliográfica figura en:
 G. HAUPP, *La Deuxième Internationale. Etude critique des sources. Essai bibliographique*, París y La Haya, Mouton, 1964.
 Ver dos ensayos, por otra parte superados, de:
 J. JOLI, *The Second International 1889-1914*, Londres, 1955.
 P. VAN DER ESCH, *La Deuxième Internationale 1889-1923*, París, Rivière, 1957.
 Ver, para ciertos detalles:
 M. DOMMANGER, *Histoire du Premier Mai*, París, Rivière, 1963.
 M. RABEROUX y G. HAUPP, «*Le Socialisme et la question coloniale avant 1914. L'attitude de l'Internationale*», *Le Mouvement social*, Les Éditions ouvrières, octubre-diciembre, 1963.
 G. HAUPP, *Le Congrès guerre mondiale. Études et doctrine*, París, Maspero, 1965.
 G. HAUPP (ed.), *Correspondance entre Lévin et C. Huysmans 1904-1914*, París y La Haya, Mouton, 1963.
 M. DRACHKOVICH, *Les socialistes allemands et français et le problème de la guerre 1870-1914*, Ginebra, Droz, 1953.
 CH. ANDLER, *Le socialisme impérialiste dans l'Allemagne contemporaine 1912-1913. Dossier d'une polémique avec Jean-Jaurès*, París, 1913.